

# Brigitte EN ACCION

Lou Carrigan

# Lluvia de sangre

Puede parecer exagerado hablar de una «lluvia de sangre», pero en ocasiones podría llegar a producirse semejante chaparrón. Y todo está previsto para provocar una torrencial lluvia primero en el Mar de la China Meridional, y luego, en toda China. Sólo se trata de organizar bien las cosas para que se produzca la lluvia… Y el Equipo Ming las organiza muy bien.



Lou Carrigan

# Lluvia de sangre

## Brigitte en acción - 489

**ePub r1.1**

**Titivillus** 13.02.2018

Lou Carrigan, 1991
Diseño de portada: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



# Brigitte
# EN ACCION



# Capítulo primero

King Wu tenía veintidós años, y era un universitario chino. Teóricamente, se hallaba en Hong Kong de vacaciones, pero no era así, ni mucho menos. La verdad era que King Wu había acudido a Hong Kong con una idea bien clara en la mente: matar.

Pero nadie habría pensado de él semejantes intenciones al verlo: más bien alto, atlético, hermoso, de aspecto inteligente y noble, el Joven King Wu parecía (y era, ciertamente) un intelectual que no olvidaba que el deporte mantiene la salud en las mejores condiciones para que la mente funcione al nivel del más alto rendimiento. Y es que, como decían los antiguos, *mens sana in corpore sano*, o sea, mente sana en cuerpo sano.

Aunque se podría discutir al respecto: ¿es sana una mente que está planeando matar? ¿Se puede considerar que es «saludable» pensar en matar? King Wu no tenía la menor duda al respecto: él estaba sanísimo de cuerpo y de mente, y sus planes de exterminio estaban llenos de lógica y hasta de justicia.

Ya se sabe: cada cual ve las cosas a su manera.

O a su conveniencia. Porque es bien cierto que hay quien sabe perfectamente que tal o cual cosa están mal hechas, que son nocivas para sus semejantes, pero eso no le detiene en su realización. Si tal o cual cosa, por malas que sean, le convienen a quien las proyecta, simplemente las pone en práctica en cuanto puede. ¿Que en el asunto mueren dos o tres personas, o tres mil, o tres millones…? Bueno, ya se sabe que todos hemos de morir un día u otro, y puestas así las cosas… ¿qué más da morir veinte o cincuenta años antes? El tiempo no existe, la vida es un soplo. ¿Por qué complicar las cosas, entonces? ¿Qué más da que el soplo de vida haya durado cien años o solamente veinticinco?

Está demostrado que en el momento de la muerte, uno se pregunta: ¿ya está, ya he vivido, eso ha sido todo? Y es que,

realmente, en el momento de morir la vida de uno se condensa de tal modo que parece convertirse… en una pequeña bola mágica donde, de pronto, en un instante, aparecen todos los recuerdos de la vida. Y acto seguido la bola mágica se apaga, y todo ha terminado. Así que, realmente, ¿vale la pena complicarse la brevísima vida que disfrutamos?

Pues bien: King Wu se la había complicado. Y mucho.

Pero estaba dispuesto a llegar hasta el final del asunto. Porque todo hay que admitirlo: King Wu estaba dispuesto a matar, pero tenía el valor más que suficiente para aceptar que él también pudiese morir.

Como fuese, King Wu no pensaba en nada de esto cuando entró en el elegante bar de Yee Wo Street donde había sido citado, muy cerca del Queen Victoria Park. A él le daba lo mismo dónde lo citase la maldita CIA, pues desde el primer momento había asegurado que aceptaría todas las condiciones para el encuentro.

Por tanto, si la llamada telefónica a la reducida habitación de su modesto hotel en Kowloon le decía que se presentase a las nueve de la noche en el Hoang Ho Bar, de la Yee Wo Street del distrito de Wanchai en Hong Kong, él acudía a la cita, y eso era todo.

Aunque no tuviera ni idea de quién iba a acudir a la cita por la otra parte. No temía nada, no temía a nadie. Morir no es nada.

Se acercó al mostrador, ocupó uno de los taburetes, y pidió zumo de frutas. El camarero le había mirado sin desconfianza ni reservas. De cuando en cuando, algún zarrapastroso se atrevía a entrar en el Hoang Ho Bar, aunque sólo fuese pare contemplar a las elegantes damas de raza blanca y atisbar algún que otro escote que sugería noches de delirio sexual.

Por supuesto, el zarrapastroso en cuestión era rápida, discreta y expertamente desalojado del Hoang Ho Bar, y en el acto olvidado, como si jamás hubiera existido.

Pero no era el caso, con King Wu. Bastaba mirarlo para comprender que aquel chino tenía el nivel suficiente para estar allí. Es más: algunas de las damas de raza blanca a las que habría incomodado que un chino zarrapastroso mirase su escote, se sintió decepcionada por el hecho de que el joven y muy apuesto recién llegado no lo hiciera. Y es que a veces, una mirada reconforta. Una simple mirada al escote, los labios o los ojos de una mujer, y ésta se

siente feliz, se siente gratificada por el simple hecho de ser deseada…

—¿King Wu?

El joven chino, que ya se había fijado en el hombre blanco de rubios cabellos, ojos claros y rostro hermético que había acudido a sentarse junto a él, asintió con la cabeza, al tiempo que murmuraba en muy buen inglés:

—Sí, soy yo.

—Por teléfono no convenía hablar de según qué cosas, pero quiero decirle algo respecto a lo cual no deberá tener usted la menor duda: tan sólo con que nos parezca que usted va a iniciar algún gesto remotamente sospechoso dese por muerto. ¿Me ha entendido?

—Hablo bien el inglés y lo entiendo todavía mejor.

—De acuerdo. Yo voy a tomar un café, y saldré del bar. Un par de minutos después, salga usted, acérquese al bordillo, y espere. Prácticamente enseguida aparecerá una camioneta pintada de azul oscuro. Diríjase a la parte de atrás, abra las puertas, y suba. ¿Alguna duda?

—No están ustedes tratando con un retrasado mental, ¿sabe? —sonrió un tanto irritado King Wu.

—Mejor para usted. Una última cosa: si alguien nos sigue cuando viajemos en la camioneta le cortaremos a usted la cabeza y la echaremos para que sus amigos la recojan —el rubio y adusto personaje sonrió de un modo inesperadamente simpático—… Y como estoy seguro de que me entiende, no hay más que hablar, por el momento.

El rubio pidió un café, lo tomó sin prisas, y abandonó el bar, dejando un billete sobre el mostrador. King Wu terminó su jugo de frutas, pagó, calculó el transcurso del par de minutos convenidos, y a su vez abandonó el bar… para decepción de un par de damas que, posiblemente, habían pensado que aquella noche podían haberse repartido los servicios sexuales del apuesto chino.

Afuera, Hong Kong parecía hervir, como siempre. Luces de colores, automóviles, viandantes en todas partes. Hacía falta tener valor para vivir en Hong Kong, donde tan sólo la lucha por un pequeño espacio para vivir ya era terrible. No era fácil la vida en la colonia británica… que tan pronto dejaría de serlo. En el año dos

mil, Hong Kong ya no sería una colonia. Sería parte de China. ¿Realmente? ¿Realmente iba a ser así, realmente los británicos iban a retirarse pacíficamente de aquel enclave mundial tan estratégico por tantos conceptos? Y no sólo los británicos: muchos países tenían grandes intereses en Hong Kong y en todo su entorno industrial y político. ¿Realmente se marcharían los británicos de Hong Kong? ¿Realmente se marcharían los norteamericanos de Panamá…?

La camioneta apareció. King Wu fue a la parte de atrás, abrió la doble puerta, y se encaramó ágilmente al interior del vehículo. Allí esperaba un hombre asimismo rubio, atlético y de aspecto poco amable, que cerró las puertas. Dentro de la camioneta se encendió una luz. La camioneta reanudó la marcha.

—Levante los brazos —dijo el rubio.

King obedeció. Había otros dos agentes de la CIA, que procedieron a cachearlo expertamente, sin descuidar un solo detalle, mientras el joven chino contemplaba con curiosidad los aparatos que había allí dentro, entre ellos, salvo que él estuviera muy equivocado, una pantalla de Rayos X.

—No lleva nada —dijo uno de los norteamericanos que habían registrado a King Wu.

—Siéntese ahí —señaló el que había cerrado las puertas.

King Wu se sentó. El jefe del grupo norteamericano se inclinó sobre él, y con una lupa luminosa examinó sus ojos. Luego, le ordenó que se desnudara de cintura para arriba. King obedeció. Le conectaron un detector de mentiras, un electrocardiograma, y colocaron ante su pecho la pantalla desplazada de Rayos X.

La camioneta seguía circulando, los sonidos del exterior eran apenas audibles dentro de la caja insonorizada y sin duda alguna blindada.

Los exámenes que los americanos realizaron sobre King Wu parecieron ser satisfactorios. King fue desconectado de todos los aparatos. El hombre que había dirigido la operación acercó un taburete muy pesado, y se sentó frente al joven chino.

—De acuerdo, no lleva usted ninguna sustancia nociva, ni contiene nada en su estómago, ni lleva armas, ni, en definitiva, parece representar peligro alguno. Sin embargo, seguimos desconfiando de usted: un agente del Lien Lo Pou no puede pretender nada bueno, y nosotros…

—Yo no soy un agente del Lien Lo Pou.

—Oh, vamos… —sonrió el espía americano.

—Soy un universitario. Estoy aquí, he llegado hasta aquí, gracias a las indicaciones de un agente del Lien Lo Pou, pero yo no lo soy. Quiero que esto quede bien claro.

—Muy bien, no vamos a estar discutiendo sobre el tema. ¿Para qué desea usted entrevistarse con la agente «Baby»?

—En la nota que envié a uno de los hombres de la CIA que ahora está operando en Pekín, ya indicaba que solamente le daría explicaciones a ella en persona.

—Ya sabemos eso. Y también sabemos que mencionó usted una… lluvia de sangre sobre el mundo si no se atajaban determinados planes. ¿Qué planes?

—Maldita sea —masculló King Wu—… ¿Usted es Baby?

—Ciertamente que no —sonrió el americano.

—Entonces, no quiero hablar más con usted.

Durante unos quince o veinte segundos, el espía americano estuvo mirando fijamente los ojos de King Wu. Por fin de un bolsillo interior extrajo una pequeña radio, cuyo mando accionó. En el acto, se oyó una voz de mujer:

—¿Sí?

—Soy Simón I. Tenemos al chino en la camioneta. Ha pasado todos los exámenes, no parece que haya riesgo alguno, y dice que solamente quiere hablar con usted.

—Pues tráigalo de una vez.

—Pero es que…

—Cielos, ¿qué más quieren? —Se impacientó la voz femenina—. He aceptado todas sus medidas de seguridad para complacerles y que estuviesen tranquilos, estoy en esta… casita que huele a pescado, considero que malgasto mi tiempo con todo este cúmulo de precauciones pero las he acatado. ¿Qué más quieren?

—Sólo queremos estar seguros de que nadie le tiende una trampa —gruñó Simón I.

—¿Y acaso no están seguros ya?

—Nunca se está lo suficientemente seguro.

—No pretenderá que nos pasemos la vida tomando medidas contra un solo chino, ¿verdad? Vamos, Simón, ya está bien, traigan aquí al muchacho, eso es todo.

La comunicación fue cortada. Simón I cerró a su vez la radio, miró con irreprimible hostilidad a King Wu, y luego fue a dar unos golpecitos en la parte frontal de la caja de la camioneta.

* * *

La camioneta se detuvo. Simón I abrió las puertas, y saltó a tierra. King Wu lo hizo detrás. Se hallaban frente a una casa, ante la cual había dos hombres esperando. De la cabina de la camioneta llegaron dos hombres más. En total, siete hombres para la sencilla operación de recogida de un chino que había solicitado una entrevista personal con la agente Baby de la CIA.

A decir verdad, King Wu se sentía decepcionado. Había pensado que todo sería menos sórdido, menos siniestro. Cheng Shinang se lo había dicho bien claramente.

«—Es una mujer absolutamente excepcional, así que sería absurdo y por supuesto inútil intentar engañarla. De modo que dile la verdad en todo momento, no le mientas en nada, deja que sea ella quien dirija toda la operación, y todo irá bien. Si no te apartas de mis instrucciones, no deberás temer nada de ella.

»—Ella es enemiga de China, ¿no?

»—Ella no es enemiga de nadie —había rechazado Cheng Shinang—. Ocurre que trabaja para la CIA, del mismo modo que yo trabajo para el Lien Lo Pou, así que todos sabemos a qué atenernos. Ahora bien, si lo que tú le propones a Baby es un asunto como el que nos ocupa, ella estará de nuestra parte.

»—¿Eso tiene sentido?

»—Ve a verla. Y no temas nada. Pero no le mientas, King: díselo todo tal como yo te lo he dicho, no compliques las cosas. Si le mientes, ten por cierto que ella se dará cuenta, y entonces ya no respondo de su reacción».

—Espere aquí —ordenó secamente Simón I.

King Wu se detuvo frente a la puerta de la casa, desde donde los dos silenciosos agentes le contemplaban como aves de presa. Simón I entró en la casa. A espaldas de King Wu se oía el mar, ahora teñido de luz lunar. Era verdad: por allí se olía a mar y a pescado. Pero no era desagradable.

Quien seguramente sí era desagradable era la agente Baby.

Cheng Shinang le había llenado la cabeza a King Wu respecto a la agente Baby, así que el muchacho se sentía decepcionado: ni ella parecía tener un valor increíble, ni todo era amable, ni veía el buen trato por parte alguna. En cuanto al aspecto de la espía norteamericana, King Wu pensó de pronto que también se iba a llevar una decepción: con seguridad, una mujer tan peligrosa debía de ser una especie de ballena con bigote, desconfiada, agresiva, desagradable, engreída…, es decir, clásicamente norteamericana…

—Usted: venga —apareció Simón I en la puerta.

King Wu entró en la casa, siguió al espía americano por el reducido recibidor, y entró en la no menos reducida salita.

Y nada más entrar vio a la anciana que acudía sonriente a su encuentro, con la mano tendida. Instintivamente, King Wu sonrió, y tendió también su mano.

—¿Qué tal? —Saludó la anciana—. ¿Ha tenido buen viaje desde Pekín?

—Muy bueno, gracias…, aunque un tanto inquietante. No estaba muy seguro de poder llegar a Hong Kong.

—Sí, le comprendo. Venga, nos sentaremos y tomaremos una copa de champán. ¿Le gusta el champán?

—No suelo beber nunca alcohol —King miró alrededor—… Creí que ella estaría aquí. Quiero decir, la agente Baby.

La anciana soltó una carcajada. King Wu volvió a sonreír. La anciana era encantadora. Tenía los cabellos completamente blancos, los ojos azules, la boca insólitamente sonrosada…, y unas manos juveniles, bellas y fuertes. En una de ellas sostenía un bastón con empuñadura de plata. King Wu parpadeó. Volvió a mirar las manos de la anciana, su boca, y, finalmente, sus azules ojos que le contemplaban con divertida malicia. Unos ojos en los que había tal energía e inteligencia que el joven chino sintió un lento y profundo estremecimiento en todo su cuerpo.

—¿Es usted? —susurró.

—Claro —dijo la anciana—. ¿Prefiere seguir tomando jugo de frutas?

—Quizás ha llegado el momento de beber champán.

—Siempre es buen momento para beber champán. Es usted muy guapo, King Wu. ¿De verdad no es un agente del Lien Lo Pou?

—De verdad.

—Bien. De todos modos, si ya le han involucrado en un asunto es casi seguro que, en su momento, pretenderán captarlo para el servicio. La CIA hace lo mismo en Estados Unidos: cuando algún universitario vale lo que ellos precisan, van a por él, y no paran hasta contratarlo.

—No tengo la menor intención de dedicarme al espionaje en el futuro.

—Sabia decisión. —La anciana se sentó en un sillón, esperó a que King lo hiciera en otro frente a ella, y de un bolsillo de su vestido sacó un papel doblado en cuatro—. Tengo aquí la nota que usted entregó a uno de mis compañeros, en Pekín. Como es natural, él estaba allí observando todos los sucesos que estas últimas semanas han conmocionado China, pero en cuanto usted le entregó la nota para mí, se apresuró a desaparecer de escena, pues resultó evidente que había sido detectado como espía. ¿Quién lo detectó?

—No sé eso exactamente. Pero quien me indicó a su compañero fue un amigo mío llamado Cheng Shinang, que sí es agente del Lien Lo Pou.

—¿Cómo es su amigo?

—Bueno, normal… ¿Cómo se lo describiría?: tiene unos cuarenta años, es de estatura mediana, y yo lo considero muy inteligente. Lo conocí hace cuatro años, en una biblioteca, y desde entonces nos hemos ido viendo con alguna frecuencia, pues a pesar de la diferencia de edad entre nosotros, nos entendemos muy bien.

—Ya —la anciana sonrió—. Su amigo es un «buscador de talentos», ¿comprende lo que quiero decir?

King reflexionó unos segundos, y, de pronto, exclamó:

—¿Quiere decir que es uno de esos que andan buscando jóvenes para proponerles que trabajan para el Lien Lo Pou?

—Exactamente.

—Está bien. Como sea, él es inteligente, y un hombre de calidad.

—De calidad —repitió la anciana—. ¿Qué quiere decir con eso?

—Es una persona honesta.

La anciana alzó las cejas, y acto seguido empujó con un dedo las gafas, que tenían tendencia a deslizarse por su nariz. Echó una mirada al papel que tenía en la mano. Volvió a mirar a King Wu.

—En esta nota, usted solicita una entrevista conmigo, indica el hotel de Hong Kong donde se le podía encontrar a partir de ayer,

asegura que está dispuesto a aceptar todas las condiciones que yo imponga con tal de que se celebre la entrevista, y termina diciendo que puede caer una lluvia de sangre sobre el mundo si no atajamos determinados planes. ¿A qué planes se refiere usted?

—A los de la Cerezo Milenario.

—La Cerezo Milenario… Ya. ¿Se trata de una secta?

—Algo parecido, supongo.

Uno de los Simones había abierto una botella de champán, de cuyo contenido sirvió en dos copas. Entregó una a la anciana, y la otra al joven chino.

Fuera de la casita de pescadores habían quedado tres agentes de la CIA. Allí dentro, todos mirando siempre muy atentamente a King, estaban los otros cuatro. King se daba perfecta cuenta de que antes de que él pudiera intentar nada contra la agente Baby aquellos cuatro hombres lo convertirían en una piltrafa sangrante.

La anciana bebió un sorbito de champán, y dijo:

—Hay muchas sectas en el mundo. De hecho, ya me he enfrentado a algunas de ellas. Suelen ser decepcionantes, aunque se pongan nombres llamativos y aseguren tener proyectos realmente… impresionantes.

—Habla usted como si no le pareciese impresionante el proyecto de hacer llover sangre sobre el mundo —palideció King.

—En la práctica, eso es sencillamente imposible: no puede llover sangre en parte alguna. Supongo, claro está, que está usted empleando una metáfora para dar a entender que la Cerezo Milenario puede hacer mucho daño al mundo. Y eso puedo comprenderlo. De modo que hablemos de esos planes de la Cerezo Milenario… ¿Qué piensan hacer y cuándo?

—Piensan hacer que llueva sangre. Y ya han comenzado: ellos son los que planearon y dieron la orden de realización de la masacre en la Plaza de Tiananmen. Y ellos son los que están dando las órdenes para que vayan siendo ejecutados todos las estudiantes y civiles que van siendo identificados como participantes en la revuelta de la plaza de Pekín.

—¿Me está usted diciendo que la Cerezo Milenario es la que da las órdenes a los gobernantes visibles de China?

—Sí. Nadie que no haya merecido la aprobación de la Cerezo Milenario ocupa ningún cargo realmente importante en China. Por

lo tanto, la Cerezo Milenario controla China. Pero no es sólo esto, sino que en todo el mundo, en todos los países, hay sectas u organizaciones que equivalen a la Cerezo Milenario de China…, y todas ellas, secretamente, están en contacto.

—Francamente, King, no me está causando ninguna gran sorpresa… Hace ya mucho tiempo que tengo la certeza de que eso es cierto. Tras las aparentes desavenencias oficiales entre los países, siempre hay un… entendimiento secreto que une a los personajes más poderosos del mundo. Eso no es nada nuevo.

—Tal vez no sea nuevo para usted —pareció encenderse en sangre el rostro del joven chino—, pero lo es para mí, y siento que voy a explotar de indignación, de furia. Por tanto, lo mismo si usted me ayuda que si no me ayuda, yo iré a por ese equipo de expertos en lluvias de sangre.

—¿Qué equipo? —exclamó la anciana.

—El que planeó la masacre de la plaza Tiananmen, el que ha provocado la lluvia de sangre sobre China…, el que hará llover sangre sobre cualquier país cuyos habitantes pretendan conseguir más de lo que sus amos estén dispuestos a concederles.

La anciana, que todavía sostenía la copa de champán en una mano, la dejó de pronto sobre una mesita, y dijo:

—Hablemos de ese equipo. Tenemos toda la noche por delante.

# Capítulo II

Hacia las ocho y media de la mañana, King Wu despertó. En la ventana del dormitorio que le habían asignado resplandecía el sol. Se oía el lento rumor del mar. El mar. En Pekín no había mar. King Wu decidió darse un baño, y, simplemente, llevando puestos solamente los calzoncillos, saltó por la ventana y se dirigió hacia la cercana playa.

Vio antes a la mujer que al agente de la CIA. La mujer estaba sentada en la arena, casi tocando el agua, inmóvil, con las piernas cruzadas, de cara al sol. El hombre de la CIA apareció de pronto, y se quedó mirando a King, que hizo un gesto dando a entender que sólo iba a nadar un poco. El agente de la CIA no reaccionó en absoluto. Lo miraba, eso era todo. King encogió los hombros, y continuó caminando hacia la playa.

Al pasar junto a la mujer, que estaba en ropa interior nada más, vio que tenía los ojos cerrados. Pero no hacía falta verle los ojos para valorar la magnífica belleza de su cuerpo que parecía de seda dorada. Era una mujer tan absolutamente espléndida que King Wu se detuvo a contemplarla, haciendo caso omiso a otros dos agentes de la CIA que habían aparecido y que le contemplaban con una fijeza digna de serpientes cobra.

La piel de la mujer parecía de seda dorada, sus cabellos eran tan negros que ofrecían reflejos azulados. Los había recogido en un gracioso moño encima de la cabeza, de modo que se podía apreciar toda la esbelta belleza de su cuello… Parecía que ni siquiera respiraba, tal era su quietud. King Wu estaba tan fascinado que ni siquiera acertó a reaccionar cuando, de repente, ella abrió los ojos y le miró.

Tenía los ojos azules.

Grandes, inmensos, bellísimos, azules como el mismo cielo. Ella sonrió, y dijo:

—Buenos días, King. ¿Has descansado bien?

King Wu tuvo la sensación de recibir un mazazo en la cabeza. Acto seguido, se sentó en la arena frente a la hermosísima mujer, y sólo entonces pudo tartamudear:

—Buda me valga… ¿Es usted?

—No cabe duda de que yo soy yo.

—Jamás se me habría ocurrido pensarlo. ¡Si no le hubiera visto los ojos…!

—Siempre hay un detalle revelador para los ojos que saben mirar —sonrió la hermosa espía norteamericana—. ¿Ibas a darte un baño?

—Sí.

—De acuerdo. Te espero aquí. Cuando termines…

—¿Tiene algo que decirme? En ese caso, hable, ya me daré el baño después.

—Bien. Voy a hacerte un resumen de todo lo que estuvimos hablando anoche, para convencerme de que nos entendimos bien. Si me equivoco en algo, me corriges. Dejaremos de lado lo de tu viaje, el envío de la nota, todo eso… Vamos directamente a la Secta Cerezo Milenario. Esta secta es, en China, lo que otras sectas o grupos poderosos son en todas las naciones del mundo, esto es, las personas que, en la sombra, controlan realmente China. La Cerezo Milenario es, pues, realmente, quien designa los altos cargos militares y políticos de China, siempre siguiendo tortuosos planes que, básicamente, le convienen a ella, a la Secta. ¿Estamos de acuerdo en esto?

—Sí.

—Naturalmente, a la Cerezo Milenario no le gustó la… disconformidad de la masa estudiantil y parte del pueblo que se puso de manifiesto en la plaza de Tiananmen, y esto es lógico, ya que no puede admitir que nadie, ni individual ni colectivamente, atente contra sus privilegios que tantas generaciones de las familias poderosas han ido instalando y sosteniendo utilizando el nombre de Cerezo Milenario. De ninguna manera podían permitir que unos cuantos miles de personas plantasen cara a su sistema establecido de poder, tenían que hacer algo… Algo que fuese… adecuadamente disuasorio. Nada de disparar balas de goma, ni soltar chorros de agua, ni perseguir a golpes de porra a unos cuantos muchachos…

Eso habría sido un trato demasiado blando. Tenían que hacer algo más… impresionante. Entonces, para saber qué convenía hacer, recurrieron, una vez más, al Equipo Ming. ¿Correcto?

—Correcto.

—El Equipo Ming funciona en China desde hace mucho, muchísimo tiempo, siempre al servicio de la Cerezo Milenario de la cual es, en realidad, una… filial, un servicio de… asesoría y de acción. Digamos que el Equipo Ming es la rama ejecutiva de la Secta Cerezo Milenario. En el Equipo Ming se albergan los grandes pensadores y estrategas de la Secta, los que analizan las situaciones y proponen qué, cuándo y cómo se debe hacer algo que resulte eficaz y contundente. Por lo general, las medidas que suele tomar el Equipo Ming no son excesivamente duras, pero en esta ocasión fue el Equipo Ming quien dijo a la Secta que debían dar un escarmiento inolvidable a los revoltosos, so pena de que en breve volviera a producirse la misma situación o quizá todavía peor. Había que dar un escarmiento definitivo, y eso sólo podía hacerse con el Ejército. De modo que el Equipo Ming aconsejó a la Secta que lanzara el Ejército contra el pueblo, y la Secta ordenó a sus políticos y militares que lo hicieran, sin más consideraciones, dando lugar así a la tremenda matanza que ha conmovido el mundo entero. ¿Ha sido así?

—Ha sido así —asintió King Wu, con voz tensa—. El Equipo Ming presionó para que esos planes se cumplieran. Somos muchos chinos, y hay que sujetarnos con mano muy dura, debieron de pensar. Y no hay mano más dura que la de los tanques. Nada importan unos miles de muertos si esto sirve para asegurarse la sumisión de mil doscientos millones de chinos.

La espía americana asintió, y continuó:

—Pero no contentos con esto, acto seguido procedieron a la identificación y localización de los jóvenes más activos en esa lucha contra el Ejército, y los están ejecutando en grupos. Utilizando diversos sistemas, entre ellos los inestimables servicios investigadores del Lien Lo Pou, están capturando a muchas personas que intervinieron en los enfrentamientos, y entonces las ejecutan y obligan a sus familias a pagar el precio de las balas que han gastado para eliminarlos…

—¡Eso también es una idea procedente del Equipo Ming! —

jadeó King Wu, lívido.

—Era de suponer. Desde luego, está dentro de la más pura línea del terrorismo psicológico, eso de que una madre pague la bala que ha matado a su hijo… Pero, en fin, como suele suceder, no todos los que están interviniendo en esto gozan con ello, claro está. Algunos militares y otras personalidades no están de acuerdo, aunque tengan que callar y aceptar la situación. Una de las personas que no están de acuerdo con esta represión, con esta brutal venganza del Estado contra los revoltosos, es tu amigo Cheng Shinang, del Lien Lo Pou, el cual, aunque se ve obligado a tomar parte en los trabajos habituales de su servicio, los repudia. Y entonces, Cheng Shinang tuvo la gran idea: eliminar al Equipo Ming, y, a ser posible, a los más importantes personajes dirigentes de la Cerezo Milenario. Pero, claro, eso no es nada fácil, ya que poquísimas personas saben en China (y menos fuera de China) quiénes pertenecen a la Cerezo Milenario. Tampoco son precisamente conocidos los… expertos en exterminios del Equipo Ming. Pero la idea ya estaba germinando en la mente de Cheng Shinang: eliminar al Equipo Ming y a la Secta Cerezo Milenario. Casi nada. Es una empresa de tal envergadura que no hace falta ser tan inteligente como tu amigo Cheng para comprender que es imposible que la lleve a cabo un solo hombre, una sola persona. De modo que Cheng necesitaba ayuda. Pero… ¿a quién acudir? Porque existía y existe el riesgo de que a lo peor, las personas a las que pidiera ayuda fuesen precisamente sicarios de la Secta o componentes de esta misma. Incluso podían ser del Equipo Ming o auxiliares de éste. Cheng Shinang quiere exterminar al Equipo y a la Secta, pero no puede recurrir a nadie, teme delatarse, ser decapitado, y desaparecer de la Vida sin haber podido hacer nada realmente útil por China, por su pueblo verdadero, no por los amos ocultos. ¿Qué hacer? Entonces, la gran idea brota en la mente de Cheng Shinang: ¿por qué no recurrir a la agente Baby de la CIA? Él conoce mi historial, ha oído contar muchas cosas de mí, y adquiere la certeza de que eliminar al Equipo y a la Secta será algo que me agradará. Así que, dispuesto a hacer lo que sea necesario por la China que él ama, se las arregla para hacer llegar toda esta información a la agente Baby. ¿Correcto?

—Sí.

—Y ahora, él espera que yo extermine al Equipo Ming.

—Cuando menos, a sus más importantes e inteligentes miembros —asintió una vez más el joven chino—, los cuales, como ya le dije anoche, van a embarcar rumbo a Singapur en el transatlántico Hong Kong Sky.

—Y según tu amigo Cheng van allá precisamente a preparar algunos de sus planes de escarmiento contra alguien.

—Tenga por cierto que si el Equipo Ming sale de China no es para hacer turismo. Van a Singapur a tramar algo…, alguna de sus canalladas. Me gustaría que usted interviniera en esto, paro si no lo hace lo intentaré yo solo. ¡Estoy decidido a matar a todo el Equipo Ming antes de que el Hong Kong Sky llegue a Singapur! Todavía no sé quiénes son, no conozco sus caras, pero los conoceré a todos en cuanto estemos en el barco, ya que sé qué camarotes van a ocupar esos seis máximos miembros del Equipo.

—Gracias a que Cheng Shinang, como agente del Lien Lo Pou, ha podido acceder a esa información.

—Sí.

—¿Dónde y cómo consiguió Cheng Shinang esa información?

—No lo sé. ¡Lo importante es que la consiguió, no cómo lo hizo!

—King: esa clase de información sólo puede lograrse desde DENTRO del Equipo.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que si tu amigo Cheng ha conseguido esa información sólo ha podido ser de dos modos: a) recurriendo a cualquier miembro o auxiliar del Equipo Ming, y b) siendo él mismo, el propio Cheng, un miembro o auxiliar del Equipo Ming.

—¡Cheng jamás formaría parte del Equipe Ming! —Casi gritó King Wu.

—¿Por qué no, si con ello había de conseguir información que pudiera ayudarlo a destruir al Equipo Ming? —deslizó suavemente Baby.

El joven chino se quedó sin saber qué decir. Recordó de pronto que su amigo Cheng Shinang, a fin de cuentas, era un espía, un profesional de la mentira y del riesgo. ¿Por qué no? ¿Por qué no admitir la idea expuesta por Baby respecto a que quizá, con tal de conseguir información, Cheng se había introducido en el Equipo Ming…?

—Sea como sea —murmuró—, nosotros podemos conocer muy

pronto a esos seis máximos miembros del Equipo Ming, así que no tendremos dificultades en eliminarlos.

—¿Realmente lo crees así? —Sonrió amablemente la espía americana—. Te diré una cosa: si yo fuese del Equipo Ming, y tuviera que ir desde Pekín a Singapur, no iría en barco. Iría en avión, y a ser posible, un avión privado, lo que no ha de resultarle nada difícil a esos importantes miembros del Equipo Ming. Ir en ese barco significa estar durante algo más de dos días en contacto con la masa y a merced de ésta en ese barco me sentiría como acorralada. ¡Y tanta gente junta…! ¿Sabías tú que lo primero que hacen los seres selectos es apartarse de la masa, que tiene un… olor peculiar que no suele agradar a los selectos? Pero sobre todo… ¿por qué viajar en barco, en una… isla flotante de la que difícilmente se puede salir en caso de apuro o de cualquier imprevisto, si puedo viajar en un rápido, confortable y seguro *jet* privado? Yo, si fuese miembro del Equipo Ming, no viajaría en ese barco.

—No sé qué decir… ¿Qué se le ocurre a usted?

—Se me ocurre que ese Equipo Ming puede ser en realidad un grupo de asesinos cuya misión consiste en eliminar a la agente Baby durante el viaje Hong Kong-Singapur. Y no me mires así, amiguito, porque aunque tú no hayas pensado semejante cosa, aunque a ti ni siquiera se te haya ocurrido, a tu amigo Cheng sí se le ha podido ocurrir esto y cosas mucho más… extrañas y elaboradas. ¿Sabes que durante mi vida me han tendido trampas que ya ni siquiera me impresionan?

—No es cierto —jadeó el muchacho—… ¡No es cierto, Cheng no ha planeado nada de eso, se trata de eliminar al Equipo Ming, no a usted! ¡Se trata de evitar que ese Equipo organice unos planes que puedan hacer llover sangre sobre Singapur, del mismo modo que ha llovido sangre sobre Pekín! ¡Maldita sea, se trata de eliminar a esos hijos de puta, y si usted no quiere ayudarme lo haré yo solo!

—No te pongas tan nervioso y agresivo —sonrió Baby—, porque uno de mis compañeros puede meterte una bala en la cabeza en menos tiempo del que se tarda en pensarlo. La sola idea de que pudieras golpearme les impulsaría a matarte. De modo que tranquilízate.

King Wu se pasó la lengua por los labios, miró hacia la casa, y vio a tres agentes de la CIA, separados unos de otros, mirándole con

fijeza fotográfica…, y uno de ellos ya con la pistola en la mano, el brazo extendido, apuntándole con una firmeza de batería de costa.

—Le juro por China que le he dicho la verdad —susurró por fin.

—A ti te creo —susurró Baby—, pero… ¿por qué he de creer a Cheng Shinang, a quien ni siquiera conozco? Él podría estar utilizándote, King. ¿O no?

—Sí… Supongo que sí. Pero escuche, si el Equipo Ming va por mar a Singapur será porque tiene sus razones para viajar así, ¿no?

—Sin la menor duda. Porque has de saber, King, que la gente como nosotros, es decir, los que nos jugamos la vida, nunca hacemos las cosas porque sí, siempre calculamos, pensamos, programamos…, y procuramos no dejar nada al azar. ¿Dijiste que el barco sale mañana a las once de la mañana?

—Sí. Y yo ya tengo dos pasajes, el suyo y el mío.

—Espléndido —sonrió la espía más linda del mundo—. Pero no llegaremos juntos al barco, porque pase lo que pase siempre es mejor que nadie nos relacione al uno con el otro. De modo que te diré lo que vamos a hacer: ahora tomaremos juntos un agradable baño matinal, después desayunaremos puntualizando algunos detalles, y, cuando estemos bien entendidos, dos de mis compañeros te llevarán a Kowloon, cerca de tu hotel. A partir de ese momento, y salvo que yo te requiera para alguna cosa, tú debes actuar como si estuvieses solo en este asunto, es decir, que mañana tomas ese barco hacia Singapur y, simplemente, esperas instrucciones mías. ¿Está claro?

—Sí… Sí, sí.

—Ming, yo no soy una… espía cualquiera que va por ahí robando microfilmes. Mi evolución ha sido mucho más intensa que todo eso. Cuando trabajo, ni siquiera tolero que nadie me dé órdenes. Yo doy las órdenes, yo digo qué se ha de hacer y cuándo y cómo. Si olvidas esto, te dejaré a tu suerte en el barco.

—Ya me advirtió Cheng que debía obedecerla en todo —sonrió evidentemente satisfecho King Wu—… ¡O sea, que usted acepta intervenir en esto, a pesar de sus desconfianzas tan razonables!

La espía americana sonrió. Pero de tal modo que King Wu sintió como una descarga de frío en la espalda.

—Amiguito —dijo ella, suavemente—: a mí nadie me hace huir como una paloma asustada sólo porque quizá me haya tendido una

trampa. Y desde luego, si me la ha tendido, tendrá que aceptar las consecuencias.

* * *

Simón-Hong Kong, es decir, el jefe de la CIA en Hong Kong, que hasta entonces, por deseo expreso de Baby, no había intervenido en el asunto, se metió en el coche, quedando sentado junto a la bella señorita rubia de ojos verdes, en el asiento de atrás.

—Por el amor de Dios —jadeó—… ¡Usted no puede cometer esta locura!

—¿Han conseguido las fotos?

—Claro que sí. ¡Pero…!

—Déjemelas ver, por favor.

Simón-Hong Kong sacó un sobre del bolsillo, y lo tendió a la rubia. Luego, sacó un pañuelo, y se lo pasó por el rostro. Estaba sudando copiosamente, pero más de angustia que de calor. La rubia iba pasando las fotografías, todas ellas de revelado instantáneo, todas ellas mostrando rostros de hombres de raza china. Había en total diecisiete fotografías, pero correspondían solamente a seis hombres diferentes: los hombres del Equipo Ming, dos de los cuales, al parecer, viajaban con sus esposas.

La operación había sido muy sencilla: la CIA había apostado varios agentes subalternos (es decir, auxiliares de raza china) en el Hong Kong Sky, el barco que dentro de poco más de media hora zarparía hacia Singapur sin hacer escalas en ningún puerto. Esos agentes subalternos habían sido informados de los números de los camarotes que ocuparían les seis miembros del Equipo Ming, y, a medida que éstos iban apareciendo para instalarse en su camarote respectivo, los habían ido fotografiando con pequeñas y sofisticadas cámaras muy manejables y fáciles de ocultar. El resultado lo tenía en sus manos la bella rubia: diecisiete fotografías a todo color ofreciendo las imágenes de seis hombres de raza china. El Equipo Ming. Es decir, que la rubia conocía ya a los miembros del Equipo que iban a Singapur a… ¿a qué? ¿Qué tenían que hacer en Singapur aquellos… refinados criminales de la Humanidad, después de su asesoramiento respecto al escarmiento que se debía dar a los «revoltosos» de la plaza Tiananmen de Pekín? ¿Qué sucedía o iba a

suceder en Singapur?

—De acuerdo —murmuró la rubia por fin—. Gracias, Simón.

—Escuche, ese barco es un nido de víboras…

—No lo parecen —señaló ella las fotos—; estos seis caballeros parecen talmente… unos inofensivos y hasta simpáticos hombres de negocios.

—¡Estoy hablando en serio!

—Ya lo sé, Simón —la rubia le palmeó cariñosamente una mano —, pero sucede que nada de lo que usted diga me hará cambiar la decisión de ir a Singapur. ¿Han visto a King Wu?

—Claro. ¡Ese maldito chino la está metiendo en un cepo mortal!

—Es posible —admitió ella—. Bien, gracias por todo. Y espero que no se le habrá ocurrido meter en ese barco a ninguno de los muchachos que me han ayudado: King Wu los conoce, y si realmente nos está mintiendo…

—¡También la conoce a usted!

—Bueno, yo tengo… unos cuantos recursos especiales —sonrió la rubia—. Insisto, Simón: no quiero que ninguno de los muchachos que me han ayudado viaje en ese barco. ¿Está esto bien claro?

—Sí.

—Bien. De nuevo gracias por todo… y besos de mi parte a todos mis Simones.

—Oiga —dijo el agente que estaba al volante, vuelto hacia ella, fascinado—, yo estoy aquí. Quiero decir que no necesito que el jefe me dé besos de parte de usted. Puede dármelos usted misma.

—Eso es muy razonable —rió la rubia.

Besó en ambas mejillas al espía, hizo lo mismo con el jefe de Hong Kong, y se apeó del coche, sacando de éste una pequeña maleta y un maletín de viaje de color rojo. Sin más, se encaminó hacia el barco…, al cual llegó cuando sonaba el primer aviso para que los visitantes desembarcaran. Un chino vestido con el blanco uniforme del servicio del barco la encaminó hasta su camarote, en la cubierta de botes, en la clase de lujo. Había chinos por todas partes, naturalmente, pero en la cubierta de botes predominaban los pasajeros de raza blanca. Un sujeto alto, guapo y fuerte, de cabellos castaños, que estaba apoyado en una barandilla mirando hacia el muelle, se quedó mirando estupefacto a la rubia, la cual no le hizo el menor caso.

Entró en su camarote, dio una propina al mozo, y cerró la puerta. Sonaba el segundo aviso para los visitantes. En cuestión de minutos, el Hong Kong Sky zarparía rumbo a Singapur.

La señorita Lili Connors se quitó la peluca rubia y las lentillas de contacto de color verde, que guardó cuidadosamente en adecuados compartimientos del doble fondo del maletín. Luego, se desnudó completamente, y acto seguido se puso lo que parecía una larga camiseta, cuyo borde inferior llegaba algo más abajo del sexo. No iba a ser agradable llevar puesta aquella prenda, pero menos agradable sería no llevarla si le disparaban o intentaban clavarle un cuchillo.

Convencida de que las medidas eran adecuadas, se la quitó, y pasó al cuarto de baño, donde comenzó a hacerse una gruesa trenza con sus negros cabellos naturales. Estaba en ello cuando sonó el tercer aviso para que los visitantes desalojaran el barco. Cuando terminó de hacerse la trenza, el barco ya se desplazaba… Enrolló la trenza, que quedó adosada a la nuca como un bonito moño. Unas lentillas de contacto de color negro disfrazaron perfectamente sus ojos. Y finalmente, el «toque especial»: con lo que parecía un diminuto lápiz depilador eléctrico, se dio un toque en el ángulo exterior de cada ojo, produciendo allí una arruga diminuta y especial que dio a sus ojos un aspecto clásicamente oriental.

En pocos minutos, se había vestido con una blusa y una falda corrientes, y, dejando el resto de sus cosas en el camarote, salió de éste, llevándose solamente el maletín, dentro del cual, además de la camiseta antibalas, llevaba muchas otras cosas a cuál más sorprendente… y útil.

Apenas hacía quince minutos que el Hong Kong Sky había zarpado cuando ya la señorita Lili Connors, bella rubia de ojos verdes, había desaparecido del barco. En cambio, una pasajera que nadie había visto subir a bordo pero que tenía reservado un pequeño camarote de la clase turista para dos personas, hacía su aparición en el pasillo que conducía a ese camarote, el 145. La pasajera en cuestión, una mestiza de china y blanco al parecer, se llamaba Margaret Lipiang, o al menos eso decía la documentación que portaba en el maletín. No era ni guapa ni fea, ni gorda ni delgada, aunque sí era bastante alta, único detalle por el que se la podía recordar.

Y tal vez ni siquiera por esto, ya que el acomodador de pasajeros se sorprendió no poco cuando, tras localizarlo, ella le dijo que ya había visitado a sus amigos en su camarote, y que ahora, por favor, deseaba instalarse en el suyo, el 145. ¿Sería tan amable de abrirle y entregarle la llave?

# Capítulo III

A las cuatro de la tarde, la señorita Lipiang había tenido tiempo de almorzar, dormir un rato, y dedicarse luego a definir de un modo completo la situación, que era la siguiente:

En el camarote 116 de la clase turista, es decir, la misma en la que viajaba ella, había uno de los miembros del Equipo Ming, acompañado de una mujer que, al parecer, era su esposa. En el camarote 120 de la misma cubierta, viajaban dos de los miembros del Equipo Ming. En el camarote 24 de la cubierta de paseo, es decir, de la clase primera, viajaba en solitario otro de las interesantes personajes. Y en el camarote A de la clase de lujo viajaba otro, acompañado también de una mujer, pero que no tenía aspecto de ser su esposa, pues era una encantadora jovencita de poco más de veinte años, en evidente contraste con los más de cincuenta del personaje…

Como fuese, la suma no encajaba, pues no resultaban seis hombres, sino cinco solamente. En cambio, había dos mujeres, las cuales, por cierto, no habían sido mencionadas en ningún momento por King Wu. ¿Había alguna equivocación al respecto? Si así era, había que subsanarla, pues la señorita Lipiang estaba dispuesta a asesinar tranquilamente a todos los miembros del Equipo Ming, pero no a equivocarse y matar a un pacífico hombre de negocios chino que todo el mal que hacía en la vida era viajar con su esposa o con una complaciente amiguita joven y bella.

Todavía una vez más, la señorita Lipiang repasó las fotografías de los cinco hombres y de las dos mujeres. Tenía una memoria visual excelente, pero no estaba dispuesta a cometer el menor fallo. Por fin, guardó las fotografías en el maletín, y de éste sacó el paquete de cigarrillos que contenía la diminuta radio con onda especial.

Pulsó la llamada.

—¿Diga? —Se oyó casi enseguida la voz de King Wu.

—¿Estás, efectivamente, en el camarote 41?

—Claro. ¡Y ya empezaba a impacientarme, creía…!

—Voy para ahí.

Cerró la radio, la guardó en el maletín, y con éste en la mano izquierda abandonó el camarote. Recorrió al pasillo hacia la proa del barco, mirando los indicadores de los pasillos laterales. El camarote 41 estaba al final del largo pasillo, y era uno de la derecha. Llamó a la puerta, que se abrió enseguida, dejando visible a King Wu, que parecía dispuesto a hablar. Al ver a su visitante de aspecto más bien chino que blanco, cerró la boca, frunció el ceño, acto seguido parpadeó, y terminó por apartarse rápidamente.

Ella entró, sonriendo, y él cerró la puerta, mascullando:

—Supongo que es usted.

—Sí: yo soy yo.

—Con usted uno no termina nunca de recibir sorpresas.

—Te traigo las fotografías.

—Estupendo —relucieron los ojos negros de King—… ¡Déjeme verlas, tengo que conocer los rostros de esos asesinos!

El camarote, como el de la propia Margaret Lipiang, era reducido, constaba solamente de servicio con ducha, un pequeño tocador, un armario doble, y un sofá litera, es decir, un mueble que de día era sofá y de noche podía convertirse en dos literas. En este sofá se sentó la señorita Lipiang, tendiendo las fotografías a King, que se sentó a su lado y comenzó a mirarlas con gran interés.

Enseguida lanzó una exclamación:

—¿Quién es esta mujer?

—Hay otra, muy joven y bonita; una chinita encantadora. Pero solamente cinco hombres, no seis.

King Wu estaba confuso. Terminó de mirar las fotografías, lo hizo de nuevo, un poco más despacio, y finalmente miró a la señorita Lipiang, que había encendido un cigarrillo y fumaba apaciblemente.

—No comprendo esto —susurró King Wu—… Cheng Shinang no me habló de estas mujeres en ningún momento. Y desde luego, estoy seguro de que me dijo que eran seis hombres, no cinco. Y además… Bueno…

—¿Quizás estás pensando que esos cinco hombres tienen un

aspecto… digamos de pacíficos hombres de negocios?

—Pues… sí. La verdad es que sí. ¡Pero esto puede no significar nada!

—Ya lo sé. ¿Tu amigo Cheng conoce a esos seis miembros del Equipo Ming?

—No lo sé, pero supongo que no, pues de ser así me habría facilitado los nombres, y en cambio sólo me dijo en qué camarotes habían hecho sus reservas para este viaje a Singapur desde Hong Kong… ¿Está segura de que sus amigos de la CIA han fotografiado a las personas adecuadas?

—Estoy segura de que han fotografiado a las personas que se han instalado en los camarotes que tú nos indicaste —puntualizó Baby.

—Ya. Claro. ¡Maldita sea, entonces tienen que ser ellos, y ya está!

—Pero entonces, falta uno.

—Quizá tenía que viajar en el camarote 24, con el que viaja solo, pero a última hora cambiaron de planes, o se puso enfermo… ¡Pueden haber ocurrido mil cosas!

—Eso es cierto. Pero, King, estamos en un… pequeño dilema: si atacamos a estas personas de alguna manera, y nos equivocamos, sería desastroso. No sólo porque perjudicaríamos a personas inocentes, sino porque nos pondríamos en evidencia, y entonces los del Equipo Ming nos conocerían a nosotros y nosotros seguiríamos sin conocerlos a ellos. Con lo cual, no sólo nos eliminarían, sino que como consecuencia quedarían libres para hacer lo que quisieran a su llegada a Singapur, sin que nadie les molestase.

King, que contemplaba a la señorita Lipiang con los ojos muy abiertos, tardó unos segundos en reaccionar:

—¿Qué podemos hacer, entonces?

—Normalmente, yo habría dedicado el resto de este día y toda la noche a tomar posiciones y hacer algunas averiguaciones, pero si nos estamos equivocando de personas significará que no tenemos pista alguna del Equipo Ming, y entonces tendríamos que buscarlos a los seis partiendo de cero. Eso, sin contar con que, tal vez, finalmente decidieron ir a Singapur en avión, y nosotros estaríamos aquí perdiendo el tiempo…, mientras ellos cumplían su cometido en Singapur.

—Cheng me habría avisado si hubiera habido cambio de planes.

—¿Él sabía dónde encontrarte en Hong Kong?

—Claro.

—¿Y sabe qué camarote ocupas tú ahora, sabe también que tú me reservaste para mí el 44, al otro lado del barco?

—Sí, sí. Pero usted no está en el 44, así que… ¿en cuál está?

—Si me necesitas, llámame por la radio.

—¡Usted no acaba de confiar en mí! —protestó el joven chino.

Margaret Lipiang se puso en pie, tras guardar las fotos de los supuestos miembros del Equipo Ming dentro del maletín. Se dirigió hacia la puerta. La abrió. Se volvió hacia King.

—Si dentro de diez minutos no te he llamado por la radio, abandona este camarote y escóndete donde puedas hasta llegar a Singapur.

—Pero… ¿qué va usted a hacer?

—Dadas las circunstancias de indecisión en que nos encontramos, no voy a tener más remedio que pasar a la acción directa. No te descuides, King.

Salió del camarote, recorrió el corto pasillo lateral, y salió al principal, que recorrió hasta las escaleras que comunicaban las diferentes cubiertas del poderoso transatlántico. Subió hasta la cubierta de paseo, buscó el camarote 24, y, sin más, llamó a la puerta.

Tardó ocho o diez segundos en oír la voz al otro lado de la madera; la voz masculina, hablando en chino. Ella insistió en llamar a la puerta, al mismo tiempo que decía en inglés.

—Johnny, soy Margaret. Abre.

Hubo unos segundos de silencio…, mientras la espía seguía los pensamientos del hombre que había al otro lado de la puerta; los seguía talmente como si los estuviera teniendo ella misma en su propia mente. El hombre estaba tentado de dar la callada por respuesta, pero comprendiendo que era mucho más práctico abrir la puerta, convencer a la inoportuna de que la persona que ella buscaba no estaba allí, y asunto solucionado.

La puerta se abrió por fin, en efecto. El chino que correspondía a la foto del camarote 24 quedó visible. Estaba en mangas de camisa, y se le veía frágil y pulcro, agradable. Debía de tener unos cincuenta años, tenía algunas canas en las sienes, y su aspecto,

ciertamente, no podía ser más inofensivo.

—Me parece que se equivoca usted, señorita —dijo amablemente, en inglés.

—Bueno —dijo Margaret Lipiang—, lo seguro es que usted no es Johnny. Pero eso no significa que él no esté ahí dentro. Y le voy a decir una cosa, señor mío: si usted está ocultando a Johnny voy a armar un escándalo en el barco que la vergüenza le impedirá salir de su camarote en el resto del viaje. ¿Me ha comprendido?

—Pero… ¿qué es lo que quiere usted exactamente? —murmuró el chino.

—Quiero ver a Johnny. Así que quiero entrar.

El chino suspiró, y se apartó, cediendo el paso.

—Convénzase de que esa persona no está aquí. Y le ruego…

Se calló de repente, al ver la boca de la pequeña pistola que le apuntaba al centro de la frente. Parpadeó, y eso fue todo, quedando quieto e inexpresivo como si talmente fuese de piedra. Baby cerró la puerta, y luego señaló el sofá, con un enérgico gesto con la mano que empuñaba la pistola. El chino se sentó. Sus ojos parecían haberse convertido en bolitas de negro cristal que reflejasen todo lo había ante ellos, pero que no expresaban nada de cuanto pudiese ocurrir en la mente de aquel hombre. Tan sólo con esto, la agente Baby comenzó a adquirir la certeza de que no se había equivocado nadie, y que aquel hombre era uno de los que formaban el escalofriante Equipo Ming.

—Saque su documentación y póngala en la mesita —susurró la señorita Lipiang.

El hombre indicó su chaqueta, colocada en el respaldo de una silla, y la falsa mujer china asintió. Ella misma, y sin dejar de apuntar al chino, encontró la documentación de éste en un bolsillo de la chaqueta. Es decir, encontró una billetera, dentro de la cual había dinero y, solamente, una documentación del ciudadano de Hong Kong llamado Poi Tsiang, comerciante, residente en una de las calles del distrito Causeway Bay de Hong Kong.

—¿Dónde está su pasaporte? —exigió Baby.

El supuesto Poi Tsiang permaneció silencioso. La falsa china le dirigió una mirada entre divertida y perversa, y el hombre la interpretó enseguida en todo su exacto significado, así que se apresuró a contestar:

—No tengo pasaporte.
—No tiene pasaporte… Pues se lo van a pedir en Singapur.
Tsiang permaneció en silencio. Margaret Lipiang miró a todos lados, lentamente. Se acercó al armario, lo abrió, y miró dentro rápidamente. Había ropas colgadas, y, en la estantería superior, una maleta de calidad. La bajó y fue a colocarla sobre la mesita colocada ante el sofá.
—Ábrala —ordenó.
Poi Tsiang obedeció. La maleta estaba vacía. Margaret la fue palpando, hasta convencerse de que no había ningún compartimiento secreto. Tsiang la contemplaba impávido, inmutable.
—No creo que sea usted tan estúpido de partir hacia Singapur sin pasaporte —dijo de pronto ella—. Por tanto, debo interpretar que antes de que el barco llegue allá alguien le facilitará un pasaporte. ¿Correcto?
El chino apretó los labios. Baby sonrió, y dijo:
—¿Se le ocurre a usted quién puedo ser yo, señor Tsiang?
—No.
Margaret abrió su maletín, sacó las fotografías, y las puso sobre la mesita, señalándolas.
—Pero tal vez conozca a estas personas. Sea tan amable de examinar estas fotografías…, pero sin bajar el rostro. Coloque las fotografías en alto, de tal modo que, mientras usted las mira, yo pueda verle los ojos.
Poi Tsiang obedeció. Su dominio de sí mismo era admirable, y hubiese podido engañar a millones de personas, ninguna de las cuales habría observado cambio de expresión alguno cuando miró las fotografías. Pero no pudo engañar a la señorita Lipiang, cuyas experiencias eran numerosísimas, y cuya capacidad de penetración estaba muy por encima de las apariencias.
—No —dijo Tsiang—, no conozco a estas personas.
—Sí las conoce.
—No.
—Esos cuatro hombres, como usted, forman parte del Equipo Ming. ¿Dónde está el sexto hombre, el que falta para llevar a cabo sus planes en Singapur?
Poi Tsiang había quedado lívido, pero dijo:

—No sé de qué está usted hablando. Y le advierto…

—Si empezamos con tonterías le voy a reventar un ojo a golpes, sólo para convencerle de que no me gusta perder el tiempo. ¿Me ha entendido?

—Sí… Sí.

—Bien. ¿Dónde está el sexto hombre?

—No hay tal sexto hombre. Sólo viajamos cinco.

—¿Y qué significan estas dos mujeres?

—Sólo son comparsas alquiladas, para que nadie se fije en nosotros… más de lo necesario, los hombres que viajan solos son más fáciles de recordar.

—Ya entiendo. De acuerdo. Hablemos con calma, ya que parece que usted está entrando en razón.

—No tengo más remedio. Evidentemente, está usted muy bien informada, señorita…

—Lipiang —sonrió Baby—… Margaret Lipiang. Pero puede llamarme Maggie. O sea, que efectivamente usted es un miembro del Equipo Ming.

—Sí.

—¿A qué se dirigen a Singapur? ¿Qué tienen pensado organizar allí?

—Una revuelta estudiantil al estilo de la de Pekín, pero evidentemente en menor escala. El objetivo es que la supuesta provocación estudiantil dé lugar a la intervención del Ejército llevando a cabo una masacre mayor a la de la plaza de Tiananmen. De este modo, no sólo quedará demostrado que no sólo el Ejército chino es capaz de reaccionar… enérgicamente, sino que distraeremos hacia Singapur la atención que ahora todo el mundo está dedicando a China.

La señorita Lipiang contemplaba al señor Tsiang con una fijeza hipnótica; talmente parecía que sus ojos hubieran quedado convertidos en vidrio. Transcurrió así más de un minuto, fijas una en otra las miradas de ambos personajes.

Por fin, la señorita Lipiang abrió de nuevo su maletín, y recurrió a la radio de bolsillo, efectuando la llamada.

—¿Diga? —Casi gritó King Wu en el acto.

—Tranquilo. Ve a esperarme en el camarote que me asignaste.

—¿Ahora?

—Ahora —y Baby cerró la comunicación; guardó la radio y señaló la chaqueta de Tsiang—… Póngase la chaqueta. Vamos a salir de aquí, descenderemos a la clase turista, y buscaremos el camarote 44. Usted irá delante.

Cuando llegue allí, llame, mi amigo le abrirá, y entonces entre. Es muy fácil de comprender todo, ¿verdad?

—Sí. ¿Para quién trabaja usted?

—A ver si lo adivina —sonrió Margaret.

—Está loca. ¿Realmente cree que alguien tiene la más mínima posibilidad de enfrentarse al Equipo Ming… y continuar con vida?

—Para mí, el Equipo Ming no es más que una pandilla de asesinos facinerosos, señor Tsiang. Y le aseguro que unos asesinos más o menos no pueden impresionarme.

—¿Quién es usted? —murmuró el chino.

—Digamos que soy una… agente especial del Lien Lo Pou. O dicho de otro modo, una agente que está prestando servicios especiales al Lien Lo Pou. Vamos, menos charla y siga mis instrucciones.

Poi Tsiang se puso en pie, agarró su chaqueta, y se encaminó hacia la puerta, poniéndose la prenda. Abrió la puerta y salió al pasillo. Baby salió detrás… Apenas a media docena de pasos de ellos, una anciana china, menudita y de aspecto de graciosa muñequita de porcelana, los miró con súbito interés, pero enseguida pareció decepcionada y regresó su concentrada atención a los números de las puertas de otros camarotes. Pasaron en silencio junto a ella, uno detrás de otro. La anciana olía muy bien, y vestía ropas de calidad. Sus cabellos eran de una blancura de nieve, realmente bellos y encantadores.

Tsiang seguía caminando. Llegaron al amplio paseo encristalado que, en aquella cubierta, rodeaba completamente el barco. Pasaron frente a las cristaleras interiores que separaban una sala de té y un bar del paseo que circunvalaba el barco… Y de repente, la imagen de la anciana pareció iluminarse en la mente de la espía americana como si dentro de ella hubiera un *flash*. Sencillamente, la prodigiosa memoria de la espía funcionó una vez más: conocía a aquella anciana. No sabía de dónde, ni de qué, ni cuándo la había conocido, pero, sencillamente, su imagen estaba grabada, archivada en su mente, en su memoria de computadora. Posiblemente, no había

significado nada en su vida, ni nada significaría, pero no había duda de que ella había conocido o simplemente visto antes en alguna parte a la anciana que parecía una graciosa muñequita de porcelana…

Tsiang abandonaba la cubierta de paseo encristalada, desapareciendo hacia el hueco de la escalera interior. Margaret le alcanzó rápidamente, descendiendo a la cubierta de la clase turista. No tardaron mucho en llegar ante la puerta del camarote 44, a la cual llamó Tsiang. King Wu abrió enseguida, Tsiang entró, y tras él lo hizo Margaret, cerrando rápidamente la puerta.

—Es uno de ellos —dijo King, con voz tensa, al reconocer a Tsiang por las fotografías.

—Sí. Y ya sabemos a qué van a Singapur.

—¿Ya? —Quedó atónito el muchacho.

Margaret lo explicó rápidamente. King Wu palideció, y pareció dispuesto a saltar al cuello de Poi Tsiang y desgarrarlo a dentelladas, pero se contuvo, sin duda porque intuía perfectamente que Baby tenía otros planes para el miembro del Equipo Ming.

Y así era, en efecto. De su maletín, Baby extrajo una ampolla y una jeringuilla; con ésta absorbió el líquido de la ampolla, y, ya preparada para inyectar el líquido, miró a Tsiang.

—Tiéndase boca abajo en el sofá —ordenó—, y si se mueve, dese por muerto.

—¿Qué contiene esa jeringuilla? —indagó Tsiang.

—Una variedad de pentotal. Quiero dejarlo dormido durante cuarenta y ocho horas, eso es todo. Pero si prefiere que lo mate, no tengo inconveniente.

Poi Tsiang se tendió boca abajo en el sofá. Baby se acercó a él, buscó entre sus cabellos, y pinchó cuidadosamente en el cuero cabelludo de Tsiang, que ni siquiera parecía respirar. Inyecto el líquido, guardó la aguja…, y para entonces Tsiang ya se había dormido profundamente.

—¿Era necesario pincharle en la cabeza? —Se estremeció King —. ¡Ha sido escalofriante!

—Pero si lo encuentran dormido tardarán mucho en hallar el pinchazo, lo que significa que mientras tanto quizá crean que está simplemente dormido o que se ha desvanecido… Cualquier cosa, menos que hay en este barco una espía provista de un equipo

sofisticado. Como sea, durante cuarenta y ocho horas no tendremos que preocuparnos por este hombre. En cambio, sus amigos sí se preocuparán, al no verlo. Y la preocupación les obligará a hacer muchas tonterías, lo que nos permitirá a nosotros ir obteniendo ventajas.

—¿Ventajas? —Alzó las cejas King Wu—. ¡Pero si las tenemos ya todas!

—¿Sí? —se sorprendió Baby.

—Claro… Sabemos quiénes son y qué es lo que van a hacer a Singapur. ¡Maldita sea, sólo tenemos que matarlos a todos, y ya está!

—Seguramente los mataremos a todos, pero antes quiero saber la verdad.

—¿Qué verdad?

—Los planes del Equipo Ming. Los verdaderos.

—¿Los verdaderos? ¡Pero si acaba usted de decirme…!

—Tsiang me ha mentido. No son esos los planes del Equipo Ming. Y tendremos que andar con muchas precauciones, King, porque además del Equipo Ming hay en el barco otra persona, por lo menos, encargada de proporcionarles a los del Equipo unos pasaportes falsos para cuando estemos llegando a Singapur. Esto aparte, es más que posible que sean realmente seis los miembros del Equipo Ming que viajan en este barco, pero que, al no instalarse en ninguno de los camarotes que indicó tu amigo Cheng Shinang, esté fuera de nuestro control. Es por él básicamente que he dormido a este hombre. Quizá los otros, prudentemente, permanezcan quietos y como si nada ocurriera, pero el sexto miembro del Equipo, y, sobre todo, el que tiene que proporcionarles a todos los pasaportes, buscarán a Poi Tsiang. Esa búsqueda los irá poniendo furiosos de tal modo que terminarán por ponerse en evidencia. Entonces, cuando los tengamos localizados y controlados, entraremos realmente en acción. Mientras tanto, tranquilo y bien abiertos los ojos.

King Wu se pasó un pañuelo por la frente, que súbitamente había sentido inundada de sudor. Las perspectivas que acababa de ofrecerle la agente Baby no eran, ciertamente, tan favorables para ellos como él había estado creyendo. De ser quienes conocían a los enemigos, habían pasado a ser las posibles víctimas de otros enemigos sobre cuya personalidad y paradero no tenían ni idea. ¡Y

lo de los planes del Equipo Ming…! ¿Cómo que no eran los que había dicho Tsiang, cómo que no…?

—Pero entonces —jadeó—… ¿qué es lo que piensan hacer en Singapur?

—No van a hacer nada en Singapur.

—¿Qué?

—No van a Singapur a hacer nada allí. Es aquí donde lo van a hacer, en este barco. Por eso viajan en él. Por eso no han ido en avión… Viajan en este barco porque no tienen más remedio, y por tanto, es fácil deducir que los planes del Equipo Ming están relacionados con este barco, con el viaje, no con Singapur.

—Buda me valga… ¡¿Cómo se le ha podido ocurrir a usted semejante cosa?!

—Milagros del poder de la mente —sonrió Baby.

—Pe-pero ¿qué… qué pueden estar tramando hacer en este barco? ¿Hundirlo?

—No lo digas como si eso fuese imposible: podrían perfectamente hundirlo, y ellos escapar en un helicóptero que los recogería oportunamente, pero no hagamos tantas cábalas, pues eso, en estas circunstancias, es perder el tiempo.

—¿Qué debemos hacer, según usted?

—Por el momento, no dejarnos ver demasiado, de modo que muévete con mucha discreción por el barco, y no se te ocurra tomar la iniciativa. King, no creo que seas tonto, ni nada parecido, ¿comprendes?: se trata solamente de que yo llevo muchos años jugando el juego, y tú no.

—¿Jugando el juego?

—El juego del espionaje. Créeme, abre bien los ojos, pero procura que nadie se fije en ti. Y no hagas nada sin consultarme.

—Ya lo he entendido —gruñó King Wu.

—Bien. Ahora, salgamos de aquí, y tú date un paseo por el barco, por si vieras a alguno de los del Equipo Ming relacionándose con alguien, en cuyo caso, deberás arreglártelas para saber quién es ese alguien y dónde se halla instalado en el barco. Sabido esto, me llamas y me lo dices.

—De acuerdo. ¿Qué va a hacer usted?

—Voy a ver si me hago amiga de una anciana —sonrió la señorita Lipiang.

—¿De una anciana? ¿Qué anciana?

—Una que hay en la clase de lujo en uno de los camarotes de la cubierta de botes. Cuando yo llegué al barco, ella estaba allí, en cubierta. La vi, pero la olvidé. Luego, la he vuelto a ver, y he tardado unos segundos en recordarla… Ella no tenía por qué estar donde estaba, la segunda vez.

—¿Por qué no?

—Bueno, quizá sea cierto que buscaba el camarote de unos amigos que viajan en otra clase, pero… me aseguraré de ello. Sal ahora. Y no te pongas en contacto conmigo a menos que sea absolutamente necesario.

King Wu asintió, y abandonó el camarote 44, todavía confuso, y no muy seguro ni convencido de lo que tenía que hacer. La señorita Lipiang esperó un par de minutos, y salió a su vez, cerrando con llave la puerta del camarote, del cual se alejó con toda naturalidad.

# Capítulo IV

La anciana se hallaba confortablemente instalada ante una mesita con vistas a la cubierta de paseo de la clase de lujo y, más allá, el mar. Las vidrieras del lujoso salón de té llamado Colony Room la protegían del ligero fresco que se anticipaba al de la noche en el Mar de la China Meridional.

Era en verdad encantadora, toda una muñequita de porcelana de delicadísimo aspecto. Sus negros ojos simpáticos y maliciosos se posaron en los verdes ojos de la alta, esbelta y bellísima joven americana que se plantó ante ella preguntando:

—Perdone, señora: ¿sería usted tan amable de hacerme un favor? Oh, perdón, no sé si usted habla inglés, así que…

—No se preocupe —sonrió la anciana—: hablo perfectamente su idioma. Y estaré encantada de poder complacerla. Mi nombre es Li. *Madame* Wai Li.

—Yo soy Lili Connors. De Nueva York.

—Sí, más o menos ya había calculado que era usted de esa parte de los Estados Unidos —rió la anciana—. ¿No quiere sentarse?

—Lo haría encantada, pero supongo que está usted esperando a alguien, y no quisiera molestar.

—No me está molestando en absoluto. Y no importa que esté esperando a una persona, en efecto. ¿Le apetece una taza de té?

—Es usted muy amable, señora —se sentó la rubia Lili Connors frente a la anciana, depositando ante ella una tarjeta postal—. Y espero que no considere usted que mi petición es un abuso de confianza. Se trata de decirme algunas palabras en chino… He dejado en Hong Kong una persona… de grato recuerdo, y quisiera enviarle una postal con algunas palabras en chino que reflejen mejor que el inglés mi… buena predisposición hacia esa persona.

—Supongo que se trata de un hombre —rió la anciana china.

—Oh, sí. Y de raza china, desde luego. ¿Sabe?: yo nunca había

entendido todos esos problemas que se crea la gente relacionándose con personas de diferente raza, me parecía… que no había necesidad de ello. No es que sea racista, pero… ¿por qué complicarse la vida con personas de otra raza? Usted sin duda conoce la ópera de *Madame Butterfly*: la pobre chinita enamorada que muere de amor cuando se va su amante, el marino norteamericano… ¿La conoce?

—Por supuesto. Sólo que según parece ahora es al revés: el pobre chino enamorado se queda en Hong Kong mientras se aleja su amada norteamericana.

—Bueno, no es exactamente así —rió Lili—, pero sí un poco parecido. Verdaderamente, King Ao es… un hombre sorprendente y admirable, que me ha causado muy profunda impresión.

—Y usted a él, sin duda.

—Creo que sí… ¿Se le ocurre a usted, *Madame*, alguna expresión en chino que refleje… sentimientos favorables y cálidos…, pero todavía un tanto… turbados y desconcertados?

—Ciertamente —asintió la anciana—… Ah, nuestro té. ¿O quizá no le agrada a usted el té?

—Sí, sí. Aunque debo confesar que no es mi bebida preferida.

—¿Cuál es su bebida preferida?

—El champán. Y si me lo permite, cuando volvamos a encontrarnos en un momento adecuado, me encantará invitarla.

—Me parece magnífico, porque a mí también me encanta el champán.

Rieron las dos. El camarero terminó de servirles el té, y se alejó. La anciana había tomado la postal con sus largos dedos que parecían absolutamente de viejo marfil, y estaba reflexionando, observada con expectación por la bella rubia norteamericana.

En aquel momento entraba en el salón el guapo atleta de los cabellos cobrizos que se había quedado fascinado contemplando a la señorita Connors cuando ésta llegó al barco aquella mañana. El apuesto personaje fue a sentarse a una mesa, y Lili le oyó pedir un martini…

—Tenemos en China bellos poemas de amor —dijo de pronto la anciana Wai Li—, pero quizá sería excesivo recurrir a uno de ellos. Yo me limitaría a poner un signo que, traducido al inglés, puede significar más o menos un… deseo de intimar agradablemente

esperando conocer un ser de nuestro más profundo agrado.

—¡Eso es exactamente lo que yo quería decir! —Exclamó Lili—. ¡Oh, sí, por favor, dígame cómo es ese signo!

—Me parece —volvió a reír Wai Li— que será mejor que se lo escriba yo, en la parte superior de la postal. Luego, puede usted añadir en inglés lo que mejor le parezca que acompañe la expresión del signo.

—¡No sabe cuánto se lo agradezco, *Madame*, de veras!

—No tiene tanta importancia. ¿No haría usted lo mismo por mí?

—¡Naturalmente!

—Pues quizás en algún momento le pida yo a usted algún favor… Está ocurriendo algo realmente increíble y fascinante: un joven encantador se ha enamorado de mí.

—¿Sí? —se sorprendió Lili.

—Al menos, así lo parece. Se ha sentado en una mesa no muy alejada de la nuestra, ha pedido algo, y no me quita los ojos de encima. ¿O quizá mi vista no es buena y la está mirando a usted pero mis ilusiones me hacen creer que he enamorado a un bello hombre blanco?

Lili se echó a reír. Wai Li había sacado de su bolsito un pequeño bolígrafo de oro, con el que escribió el signo en la tarjeta, devolviendo ésta a Lili, que lo miró interesada, y acto seguido, con expresión agradecida, a la anciana.

—Espero que se me ocurra algo que esté de acuerdo y a la altura de este signo, *Madame*. Muchas gracias… ¿Está esperando…? Oh, esto ya lo he preguntado antes. ¿Viaja con algún familiar?

—No exactamente. Aunque casi es un familiar… Hace muchos, muchos años, era una empleada de mi hogar. Éramos muchas personas en mi casa, muchas… Pero la vida va… diezmando las familias, los seres amados se van… Finalmente, un día, me di cuenta de que, a excepción de la compañía de Nai Han, yo estaba pura y simplemente sola en la vida. Soy un poco mayor que ella, pero la recuerdo en mi casa prácticamente toda nuestra vida. De modo que pensé que era una necedad que la relación entre dos personas que llevaban juntas más de sesenta años fuese… digamos de índole laboral. ¿Cómo podría yo considerar una empleada a Nai Han, que me ha dedicado su vida?

—Sin la menor duda tiene usted razón, *Madame*.

—Sí. Por tanto, y comprendiendo que ni ella ni yo vamos a vivir ya muchos años, decidí que debíamos… compartirlo todo y buscar las cosas hermosas de la vida hasta que nos llegue la muerte.

—Dice usted cosas muy hermosas… Y también es hermoso su comportamiento con una persona que a fin de cuentas era su criada. ¿Entiendo entonces que viajan solas usted y su… amiga?

—Así es.

—Oh, pero tendrán algunos amigos en el barco, personas conocidas que hagan el mismo viaje.

—No, no. No conocernos a nadie en este barco…, a excepción de usted ahora, naturalmente. Es lo bonito de viajar en barco: conocemos personas simpáticas que no tienen prisa y están dispuestas a hacer nuevas amistades, a escuchar cosas que un día antes ni siquiera se les había ocurrido que pudieran existir u ocurrir.

—Es cierto —admitió Lili—. ¿Me disculpa, *Madame*? ¡Me ha venido a la memoria algo que había olvidado!

Con no poco desconcierto por parte de la anciana, ésta quedó sola, mirando a la señorita Connors, que salía rápidamente del salón. Tan rápidamente, que incluso el guapo atleta quedó sin saber qué hacer… Mientras tanto, rápidamente pero sin atolondramientos, la señorita Connors caminaba hacia su camarote, el B, al cual entró a los pocos segundos. De su bolsito, sacó la pequeña radio, cuyas vibraciones había percibido al poner la mano encima, casualmente. Tiró del cigarrillo que establecía la comunicación.

—¿Sí? —susurró.

—Soy yo —sonó la voz de King Wu—. ¿Te ocurre algo?

—No… ¿Por qué?

—Porque no me has llamado a la hora convenida.

—Lo siento —recogió en el acto la intención de King la espía norteamericana—. He tenido un encuentro que me ha entretenido. Pero te habría llamado antes de un par de minutos.

—Está bien. Si vienes a mi camarote te pasaré todo el informe de la última hora, tal como convinimos.

—Por supuesto. No tardaré ni tres minutos. Hasta ahora.

—Te espero.

La señorita Connors cortó la comunicación, guardó la radio, y

quedó pensativa, fruncido el ceño. En realidad, toda la incógnita se reducía a una sola cuestión: de una vez por todas debía confiar en King Wu…, o, simplemente, matarlo.

* * *

En la circular portilla del camarote de King Wu parecía encenderse el sol que se iba poniendo, despidiendo hermosos destellos. Cuando sonó la llamada a la puerta del camarote, King Wu miró hacia allí, y acto seguido, hoscamente, miró a la encantadora muchacha china que permanecía de pie punto a la puerta, apuntándole con la pistola provista de silenciador. Con esta arma, la muchacha china hizo un gesto que King no podía dejar de interpretar: tenía que abrir la puerta y atraer al interior de la trampa a la señorita Lili Connors.

Se puso en pie y caminó lentamente hacia la puerta, observado muy atentamente por la muchacha china, cuyo encanto era innegable. King Wu conocía a la jovencita en cuestión: era la que se había instalado en el camarote A de la cubierta de botes, en la clase de lujo, con uno de los miembros del Equipo Ming…

Abrió la puerta, y Lili Connors entró enseguida, casi impetuosamente, diciendo:

—Siento no haberte llamado a la hora convenida, pero…

No dijo nada más. King Wu había cerrado la puerta del camarote, y ella, que se volvía hacia él sin dejar de hablar, vio entonces a la joven china colocada a un lado de la puerta y apuntándola con la pistola. Lili Connors quedó un instante estupefacta. Acto seguido, su mirada fue vivamente hacia King Wu.

—Maldito seas —masculló—… ¡De modo que finalmente has resultado ser el cebo para una trampa contra mí!

—Claro que no —masculló King—. Ella me sorprendió aquí dentro, y me dijo que si no quería morir lenta y dolorosamente debía atraer a la mujer con la cual estaba trabajando en el barco. Así que, lo siento, pero tuve que llamarte.

—Ya. ¿Y quién es ella? —inquirió Lili.

—Eso es lo que pregunto yo —dijo la joven china, con voz muy suave, casi angelical—: ¿quién es usted?

—Soy la persona que acompaña a King en esto de…

—Claro que no. La persona a la que yo esperaba ver es una

mujer china. La que le acompañaba antes.

—¿Le acompañaba antes una mujer china? —Se sorprendió Baby —. ¿Cuándo y dónde?

La joven china se quedó mirando especulativamente a Lili Connors, entornando sus bellísimos ojos de negrura deliciosa y aterciopelada. Estuvo así unos quince segundos, y, de pronto, sonrió.

—Es usted —murmuró—… Usted es la que antes parecía una mujer china, ¿verdad?

—Qué jovencita tan inteligente —sonrió a su vez Lili Connors— … Pero con muy malas intenciones, ¿verdad? ¿O quizá no ha pensado matarnos y sólo quiere un ratito de conversación… inteligente?

La chinita volvió a sonreír.

—No me interesa ninguna clase de conversación con ustedes —dijo.

Plop, disparó contra el corazón de Lili Connors, acertando de lleno en la zona mortal.

Lili Connors emitió un incontenible grito de dolor, saltó hacia atrás, cayó sentada…, y, al mismo tiempo, en su mano derecha aparecía la pequeña pistola de cachas de madreperla, que apuntó a la frente de la joven asesina, la cual abrió mucho los ojos, borró la sonrisa de sus labios…

Plof, chascó la pistola de la agente Baby.

La bala impactó en la frente de la joven china, la perforó, y se alojó en su cerebro, cortando de repente toda vida e intenciones. La chinita también cayó hacia atrás, pero chocó enseguida con la pared, rebotó, y cayó hacia delante, dándose de cara contra el suelo, partiéndose la nariz, los labios y un diente, rebotando enseguida trágicamente y quedando, por fin, cara al techo, con los ojos muy abiertos y desorbitados.

Con ojos no menos desorbitados, King Wu miró a Lili Connors, que había dejado la pistola y se llevaba ambas manos al pecho, allá donde había impactado la bala disparada por la frustrada asesina. Reaccionando de pronto, King corrió hacia ella, y la ayudó a ponerse en pie. Lili respiró hondamente, con ansiedad. Estaba lívida, demudado el rostro.

King comenzó a tartamudear algo, pero ella le atajó con un

gesto.

—Recoge la pistola de ella —la señaló— y abandona este camarote. Ve al 145, de la clase turista, y no te muevas de allí hasta que yo te avise.

—Pe-pero usted… usted… está herida…

—No es nada.

—¡Ella le acertó en…!

—Te digo que no es nada. Haz lo que te digo. Y te felicito, pues te has portado con mucha inteligencia: en cuanto dijiste que habíamos convenido una hora para llamarte, comprendí que algo ocurría, y vine preparada. No perdamos más tiempo charlando: vete al 145, y si alguien pretende entrar a la fuerza, dispárale a través de la puerta. ¿Qué estás esperando?

—Pu-pues… ayudarla a usted, hacer algo que…

—¡¿Quieres hacer el favor de marcharte de una vez?!

King Wu salió precipitadamente del camarote, y Lili se acuclilló junto al cadáver de la muchacha china, a la cual registró someramente, convencida de que no podía llevar encima nada interesante, como así resultó ser, en efecto. Tras un vistazo en torno, la mirada de Lili quedó fija en el sofá-litera, y acto seguido se las arregló para ocultar en su pliegue el cadáver de la muchacha, no sin hacer algún que otro gesto de dolor.

Por fin, abandonó ella también aquel camarote, y, colocándose una mano sobre el corazón, allá donde la bala había roto la tela del vestido, emprendió el regreso a su camarote de la clase de lujo, al que llegó sin más contratiempos…, y con las ideas bastante más claras que antes de lo último acontecido. Por ejemplo, sabía ya que la anciana Mai Li, en efecto, estaba relacionada con el asunto… Y tenía una ventaja sobre la anciana: que ésta no sabía que la señorita Connors era, también, la mujer china que ella había visto salir del camarote de Poi Tsiang llevando a éste por delante.

Ya dentro de su camarote, Lili se desnudó completamente…, es decir, quitándose también la antiestética pero utilísima prenda antibalas que acababa de salvarle la vida. Claro que si no hubiera contado con esa prenda no se habría presentado tan abiertamente en el camarote de King Wu, pero…

—Poi Tsiang —jadeó de pronto Lili—… ¡Poi Tsiang!

Todavía, durante un par de segundos, se estuvo contemplando

desnuda en el espejo, fija la mirada en el hematoma que se estaba formando sobre su seno izquierdo, allá donde había golpeado la bala Luego, reaccionando rápidamente, se vistió a toda prisa, por supuesto sin olvidar colocarse de nuevo la protectora camiseta de fibra de titanio, y, tras recoger su maletín, abandonó el camarote.

—Ah, caramba —oyó—, ¡por fin la encuentro!

Lili volvió la cabeza, vio al guapo atleta mirándola con fascinadora sonrisa, y se las arregló para no mirarle con irritación. Terminó de cerrar la puerta, y preguntó:

—¿Entiendo que me buscaba usted?

—Oh, sí, naturalmente. Bueno, parece que se ha producido una agradable coincidencia en nuestras vidas, así que pensé que debíamos aprovecharla.

La señorita Connors se quedó mirando con renovada atención al personaje. No podía tener más de treinta y cinco años, era guapo sin discusión, todo un atleta, y, ciertamente, era norteamericano; aunque no de la Costa Este…

Parecía de California. Era uno de esos hermosos y encantadores personajes afortunados que van por la vida preguntándose por qué los demás no están tan contentos y satisfechos de todo como ellos mismos.

—¿Y cuál es esa agradable coincidencia que se ha producido en nuestras vidas? —se interesó casi amablemente Lili.

—Viajar solos. Con alguna frecuencia yo elijo viajes en los que…

—¿Me permite un minuto? —Le interrumpió aunque no sin amabilidad la espía—. Tengo algo que hacer que no admite la menor demora. Si es tan amable de esperarme aquí tendré mucho gusto en escucharle… dentro de un par de minutos.

—Por supuesto. ¿Puedo ayudarla en algo?

—De momento, creo que no —sonrió Lili—. Eso nunca se sabe, señor…

—Tracy. Jebediah Tracy. Los amigos me llaman Jeb.

—Es más práctico —sonrió de nuevo Lili—. Yo soy Lili Connors. Hasta dentro de un par de minutos, señor Tracy.

—¿Me permite esperarla aquí mismo?

—Naturalmente. No se me ocurre sitio mejor, además.

Sin más, Lili se alejó del espectacular ejemplar masculino, puesto su pensamiento en llegar cuanto antes al camarote 44 de la

clase turista, en el cual habían dejado dormido al miembro del Equipo Ming llamado Poi Tsiang.

* * *

Pero Poi Tsiang no estaba dormido. Estaba muerto.

Tal como había temido la agente Baby, el infortunado miembro del perverso y criminal Equipo Ming había sido eliminado.

¿Por qué? Era muy simple: muchas personas habían visto a Poi Tsiang abordar el Hong Kong Sky, y eso no significaba nada. Pero el hecho de que Poi Tsiang hubiera sido conducido a un camarote que no era el suyo, y dormido allí por largo tiempo significaba que había sido descubierto como miembro del Equipo Ming, y ello implicaba el riesgo de que, al despertar, contara lo mucho que sabía respecto a dicho Equipo y a sus proyectos.

Lo cual en efecto, era lo que había planeado Baby con respecto a Poi Tsiang: retenerlo dormido a la espera de jugarlo como última baza si antes no conseguía averiguar más cosas por sí misma mientras iba retirando de la circulación a los miembros del Equipo Ming a fin de que ninguno de ellos llegara a Singapur en condiciones de realizar ningún maquiavélico plan.

Pero Poi Tsiang ya no estaba dormido. Estaba mucho más que dormido, había traspasado la barrera de la vida para alcanzar la meta de la muerte. Filosóficamente hablando, se había ahorrado molestias y sufrimientos. Porque… ¿qué es la vida sino un sufrimiento tras otro, qué es la vida sino una feroz lucha absurda para conseguir cosas que, al final, no tienen ningún significado ni importancia, qué es la vida sino una… tontería que todavía nadie ha conseguido valorar con toda la exactitud que merece?

¿O quizá la vida no es ninguna tontería?

A Poi Tsiang lo habían matado de un modo… refinadamente oriental: sin moverlo para nada del sofá donde había quedado dormido boca abajo, le habían clavado un afilado punzón en la nuca que había llegado hasta el cerebro con los inevitables resultados de privación de la vida. En la nuca apenas se veían unas gotas de sangre entre los cabellos.

Por un momento, Lili pensó que quien había matado a Poi Tsiang había sido la joven china que también había querido matarla

a ella. Pero no. La chinita era menos… refinada, más ruda, si así puede decirse. No, no había sido ella. A ella la habían enviado a matar a King Wu y a su amiga la señorita Lipiang, a quienes sin duda conocían por medio de *Madame* Wai Li, que había visto a la señorita Lipiang salir del camarote de Poi Tsiang acompañando a éste…

Sí. *Madame* Wai Li había seguido a la señorita Lipiang y a King Wu…, o había encargado de ello a otra persona. ¿Quizá su criada y ahora amiga Nai Han? Sí, Nai Han la había seguido a ella y a Tsiang hasta el camarote 44, y luego la había visto salir a ella y a King Wu, pero no a Tsiang. Entonces, la fiel Nai Han avisa a *Madame* Wai Li, quien sin duda está relacionada con el Equipo Ming. Y *Madame* Wai Li (¡seguro que era ella quien llevaba los pasaportes de todos los miembros del Equipo, para entregárselos al llegar a Singapur!) comprende que Poi Tsiang, vivo, sólo va a servir de preocupaciones e incluso disgustos al Equipo Ming. Por tanto, avisa a otro de los miembros de lo que ocurre. Entonces, ese miembro, es decir, el chino que viaja en el camarote A con la joven y bella asesina, envía a ésta a por King Wu y su amiga china, y él personalmente decide ocuparse de su compañero Poi Tsiang; con o sin dolor, pero lo hace…

Y ahora, el chino del camarote A debía de empezar a preocuparse mucho por la tardanza de su amiguita.

Muy bien.

Sin tocar nada, Lili Connors abandonó el camarote 44,y emprendió el regreso a la cubierta de botes, donde se hallaban ubicados los camarotes de lujo, entre ellos el suyo, el B, es decir, que estaba justamente al lado del A, donde se hallaba el sujeto que había llegado al barco en compañía de la joven asesina…

Podía hacer dos cosas. Una, regresar al salón donde había dejado a la simpática *Madame* Wai Li y buscar el modo de controlarla, incluso llevándola a su camarote, donde podría obligarla a dar muchas explicaciones. Dos, ir en busca del caballero del Equipo Ming que se hallaba instalado en el camarote A.

Y de pronto, Lili recordó que frente al suyo, el B, había dejado esperando al apuesto Jebediah Tracy. ¿Seguiría el buen mozo plantado allí ante la puerta, esperándola? Por si así era, tomó la decisión que le pareció menos molesta en aquel momento: regresar

al Colony Room en busca de *Madame* Wai Li…, si es que ésta todavía estaba allí tomando el té.

# Capítulo V

Pero no.

*Madame* Wai Li no estaba ya en el Colony Room. Había varios pasajeros de la clase de lujo, pero no la vieja china de porcelana. No hacía falta esforzarse en buscarla, pues todo el salón se ofrecía bien a la vista desde la entrada, a la cual había llegado Lili por una ruta que le evitaba pasar frente a su camarote…, donde debía de seguir esperando el bello Jebediah Tracy.

¿O no?

Lili salió del salón, y tropezó fuertemente con una persona que había en el pasillo interior frente a la entrada. Realmente, aquella persona había demostrado una considerable torpeza y pocos modales al pretender cortar de aquel modo el paso de otra persona, y Lili compuso una expresión poco amable… que se desvaneció enseguida al ver el rostro de aquel hombre y oír sus palabras:

—Perdón… Lo siento.

Era un chino. Un chino que parecía tener unos cincuenta años, vestido muy pulcramente, pero con ropas de precio mediano y corte más bien vulgar.

Con seguridad no pertenecía al pasaje de la cubierta de botes así que posiblemente estaba allí buscando a alguien, o, más probablemente, perdido, pues era ciego. Llevaba un bastón en la mano izquierda, y tendía la derecha en un gesto inconfundible. Unas gafas de cristales oscuros protegían sus ojos.

—No importa —murmuró Lili—. ¿Puedo ayudarle en algo?

—No… No, gracias. Ya me las arreglaré.

—Se ha perdido, ¿verdad? —sonrió la espía.

—Me las arreglaré —repitió él, un tanto secamente—. Gracias de nuevo.

Lili asintió, enfiló el pasillo en dirección a su camarote, y, en efecto, antes de llegar ya vio plantado ante la puerta el bello atleta

llamado Jeb Tracy que sonrió al verla.

—Caramba, empezaba a temer que se hubiera perdido en el barco —dijo.

—No es fácil. Veamos, señor Tracy, lisa y llanamente: ¿qué desea usted de mí?

—Me gustaría que aceptase mi invitación a cenar.

—Aceptada. ¿Algo más?

—Pues… no sé. ¿Le apetece tomar una copa?

—¿De champán?

—De lo que usted guste.

—De champán, entonces. ¿Le parece bien que nos encontremos dentro de diez minutos en el salón? Ha sido un día muy caluroso, y estoy deseando refrescarme. ¿Le parece bien dentro de diez minutos?

—Me parece estupendo —sonrió el apuesto norteamericano—. Espero que para entonces ya se habrá acostumbrado al hecho de que yo existo, y que me gusta que mis amigos me llamen Jeb.

—Lo tendré muy presente, Jeb. Hasta luego.

—Si antes precisa algo de mí, estoy en el camarote.

—No se me olvidará.

Lili abrió la puerta, y miró a Tracy, que seguía plantado allí. Ella le sonrió, pero al mismo tiempo frunciendo el ceño, y él sonrió simpáticamente y se alejó. Lili entró en su camarote, cerró la puerta, del maletín sacó una pequeña ganzúa, y se asomó al pasillo. Tracy ya no estaba allí. La espía salió de su camarote, y fue a llamar a la puerta del contiguo a la derecha, el A. No recibió respuesta ni cuando insistió un par de veces.

«—Es decir —pensó— que mi vecino de camarote anda por el barco haciendo de las suyas…».

La idea la alarmó, aunque enseguida intentó tranquilizarse, en el sentido de que nadie más que ella y King Wu sabían que el camarote 145 tenía algo que ver en aquel asunto. De modo que no tenía que preocuparse por King Wu, que se encontraba tranquilo y a salvo en el camarote 145.

Con la ganzúa abrió el A, entró, cerró rápidamente, y encendió la luz. En la portilla que daba a la cubierta de paseo flotaban ya las primeras sombras de la noche.

En el sofá que había justo debajo de la portilla estaba sentado un

hombre, cuyo rostro vio perfectamente: era su vecino, es decir, el miembro del Equipo Ming que, según ella, había asesinado con un punzón a Poi Tsiang en el camarote 44.

Se acercó lentamente a él, mirando su rostro quieto y lívido y como levemente retorcido en una mueca de sobresalto que parecía haber quedado súbitamente congelada en sus facciones agrisadas. Le habían clavado hasta el mango un punzón…, que seguramente era el mismo que se había utilizado para asesinar a Poi Tsiang. La duda consistía en saber si era el actual muerto quien había asesinado a Poi Tsiang, o era otra persona la que primero había asesinado a Tsiang y luego a él, dejando esta vez el arma del crimen hundida en el flaco pecho del miembro del Equipo Ming.

Es decir, que el Equipo Ming había perdido ya dos miembros, y además la bella chinita que ella había matado.

Baby se acercó un poco más, y tocó con dos dedos un lado del cuello de aquel hombre. Lo encontró todavía tibio, es decir, que hacía muy poco que había muerto. Ni siquiera un cuarto de hora… Siguiendo una inspiración, Baby miró las manos del muerto. No encontró sangre en ellas, pero sí dos minúsculas gotas en el puño de la manga derecha de la camisa.

Se imaginó la escena: aquel hombre, matando con el punzón a Tsiang, y regresando luego a toda prisa a su camarote… con aquellas delatoras gotitas de sangre en el puño de la camisa. Llega a su camarote dispuesto a lavarse, cambiarse de camisa…, y allá le está esperando alguien que le pide el punzón, posiblemente diciéndole que va a deshacerse de él…, y entonces se lo clava en el corazón, con un golpe fuerte, seguro, preciso. Luego, lo deja sentado allí, simplemente, y se va.

Pero… ¿por qué matar a este miembro del Equipo Ming? Pues, porque ya sabe que la bella chinita no ha conseguido matar a King Wu y a su amiga la falsa china llamada Margaret Lipiang, y comprende perfectamente que ambos, tras desembarazarse de la chinita, vendrán en busca de este otro miembro del Equipo Ming…, del mismo modo que también tenían a Poi Tsiang…

Eliminación total. No importaba que fuesen miembros del Equipo Ming, es decir, compañeros suyos de la Secta: sencillamente, como se han puesto en evidencia, deben ser eliminadas.

Con suavidad, sin tocar apenas las ropas del muerto, Lili retiró

del bolsillo interior de la chaqueta la billetera, en la que encontró documentación a nombre de Hao Wong. Pero, ciertamente, no encontró pasaporte alguno.

Tampoco lo encontró cuando registró rápidamente el armario y el equipaje de Hao Wong y de su bella acompañante también extinta. La cual, por cierto, conforme a otro sencillo documento personal que encontró dentro del armario, se había llamado Nai Pi.

Verdaderamente, poco más se podía hacer allí, de modo que la señorita Connors regresó a su camarote, dejando el A tal como estaba, es decir, todo en orden incluyendo el cadáver del señor Hao Wong sentado bajo la portilla por la que se divisaba la noche y las brumas del Mar de la China Meridional.

Y poco después, mientras se estaba duchando placenteramente, recordó su propio pensamiento respecto al camarote de Hao Wong: todo en orden, incluyendo el cadáver de Hao Wong sentado. ¿Eran así de descuidados los miembros del Equipo Ming, no les importaba dejar a la vista los cadáveres?

Porque lo mismo habían hecho con el de Poi Tsiang: lo habían matado y lo habían dejado allí mismo, como si no tuviera importancia que alguien los encontrara y se armara un revuelo en el barco…

El barco.

Aquel barco, aquel viaje, aquel destino.

De repente, Baby comprendió la verdad: el Equipo Ming no viajaba casualmente en aquel barco, sino que, desde el principio, había sido elegido porque en él se sentían seguros. No era una trampa contra ella, contra la agente Baby. Era, simplemente, que el Hong Kong Sky había sido elegido hacía tiempo, y que había sido preparado concienzudamente para que fuese el teatro de operaciones de cualquiera que fuese el plan que el Equipo Ming estaba preparando.

Es decir, que el barco estaba bajo el dominio y el control absoluto del Equipo Ming.

Un escalofrío recorrió la espalda de la espía americana. No era nada grato llegar a una conclusión como aquella, en la que se apuntaba que, hiciese lo que hiciese, se ocultase donde se ocultase en aquel barco, estaba siempre en los bien preparados dominios del Equipo Ming para la realización de algún plan que, de repente, a

Baby se le antojó que debía de ser absolutamente diabólico…

No había oído nada.

El agua cayendo sobre su cabeza se lo había impedido. Pero sí vio, inesperadamente, la silueta a través de la mampara de cristal translúcido que encerraba la bañera. Cerró el grifo de la ducha, y quedó inmóvil, contemplando aquella silueta grande, sólida, al otro lado del cristal. De nuevo un escalofrío recorrió su espalda. Se hallaba completamente desarmada, e incluso, ofrecía su verdadero aspecto de Brigitte Montfort, pues para ducharse se había quitado la peluca rubia y las lentillas de contacto de color verde.

Junto a la primera sombra apareció otra, más menuda. Unas suaves palabras susurradas en chino llegaron al oído de la espía internacional. Acto seguido, la mampara de cristal fue descorrida, de modo que Brigitte pudo ver a sus dos visitantes.

A una de ellas la conocía ya: *Madame* Wai Li. La otra era una china de proporciones increíbles, mastodónticas. Sus cabellos eran grises, sus ojos diminutos se hundían en un rostro que parecía una deforme patata inmensa.

Sus brazos y sus manos eran gigantescas. Aquel monstruo debía de tener más de sesenta años, pero su visión resultaba impresionante y amedrentadora.

—Oh, perdón —dijo cariñosamente *Madame* Wai Li—… Me parece que nos hemos confundido de camarote. Estamos buscando a la señorita Connors: se dejó olvidada esta tarjeta postal en la mesita que compartimos en el salón.

Mostró la tarjeta. Brigitte se pasó la lengua por los labios, retirando el agua que chorreaba. *Madame* Wai Li sonrió de nuevo, y entonces, en la otra mano, mostró la peluca rubia que caracterizaba a la señorita Lili Connors.

—Aunque quizá —añadió— la señorita Connors no esté demasiado lejos de aquí. ¿No está de acuerdo, señorita…, señorita…?

—¿Puedo salir de la bañera? —indagó Brigitte.

—Naturalmente. Ayúdala, Nai.

La mujerona china acercó sus manazas al cuerpo de Brigitte, a la que ayudó a salir de la bañera, manoseándola descaradamente, pero con insólita delicadeza.

—¿Es lesbiana? —preguntó Brigitte.

—¿Quién? ¿Nai Han? Oh, sí, siempre lo ha sido… Te gusta la señorita, ¿verdad, Nai?

Nai Han sonrió lúbricamente. Pareció talmente que su siniestro rostro se iluminara, se dulcificara, ofreciendo el espectáculo de una dentadura perfecta y maravillosamente cuidada. Era una bestia en perfecto estado de salud y cuidados, una bestia sana y pulcra con una fuerza de locura. Acarició de nuevo a Brigitte, pellizcando con toda delicadeza uno de sus pezones. Brigitte no reaccionó. Miraba a Wai Li, que no parecía tener arma alguna al alcance de sus manos, lo que precisamente hacía desconfiar más a la espía, pues no se podía creer que dos viejas chinas se atrevieran a pasar a la acción contra una joven espía americana bien entrenada… ¿Acaso había alguien más con ellas, pero esperando en el camarote?

Brigitte regresó su mirada a Nai Han, que había deslizado la mano por su pecho y vientre y ahora buscaba entre el vello sexual. Nai Han le sonrió de nuevo, pero Brigitte retrocedió un paso al mismo tiempo que giraba, esquivando la mole y alargando un brazo hacia la toalla colgada junto al espejo, de modo que dio la espalda a Nai Han. Ésta la abrazó de pronto por detrás, pero de un modo especial: su brazo derecho se cerró como un cepo en la garganta de Brigitte, mientras el izquierdo la apretaba por encima de los senos, restregándose contra ellos en una caricia espeluznante. Brigitte intentó moverse, pero Nai Han apretó su brazo derecho, y la espía americana tuvo la sensación de que tenía el cuello metido en un cepo de acero.

—¿Quién es realmente usted? —preguntó *Madame* Wai Li. Brigitte la miró por medio del espejo.

¿Realmente Wai Li no la había identificado como Brigitte Montfort?

Esto era, cuando menos, una esperanza.

Pero no había que sorprenderse, pues ella, con el cabello mojado no ofrecía la imagen habitual de la periodista Brigitte Montfort en las imágenes de televisión o de revistas…

—Me pareció usted más inteligente, señorita Connors —dijo Wai Li—. ¿Qué es lo que quiere? ¿Que Nai le parta la espalda, o que la estrangule? Vamos, no sea absurda y dígame quién es y para quién está trabajando. Lógicamente, deberíamos interpretar que lo está haciendo para la CIA, pero no sé por qué tengo la impresión de que

la CIA propiamente dicha es ajena a esto. Digamos que no he… observado ese clima especial que se forma en un lugar cuando interviene la CIA ¿Usted me comprende?

—No.

—O sea, que no es usted una espía americana.

—No.

—Muy bien. ¿Quién es usted, entonces? Sea razonable, y todo terminará del mejor modo posible para usted.

De repente, Brigitte comprendió que, lisa y llanamente, aquellas dos mujeres estaban allí para matarla a ella, no sin antes interrogarla acerca del paradero de su compañero, del joven que habían visto con ella: King Wu.

—¿No quiere ser razonable? —se sorprendió grandemente *Madame* Wai Li—. Pues no lo comprendo, porque le estoy ofreciendo su vida. Tan sólo con que me diga dónde está el joven chino que la acompañaba será suficiente para que usted y yo lleguemos a un acuerdo.

Brigitte no reaccionó. Nai Han susurró:

—Es muy terca. Déjame que goce con su cuerpo y verás qué dócil la dejo.

—Tenemos que saber dónde está el muchacho —dijo Wai Li—… Ocúpate de que nos lo diga, Nai.

—Oh, sí —pareció cantar la enorme china—, ya lo creo.

Hizo girar entre sus brazos a Brigitte, la abrazó ahora por la cintura, y la besó en la boca. Hizo mal. Muy mal. Porque mientras había tenido aquella presa mortal cerrada en torno al cuello de Brigitte, ésta había permanecido pasiva, pero ahora, libre de la presa, reaccionó: su mano izquierda agarró el vello sexual de Nai Han, y lo retorció salvajemente. El rostro de la enorme china se distorsionó, su boca se separó de la de Brigitte y emitió un sordo bramido, como de vaca torturada. Brigitte soltó aquella presa, subió la mano por detrás del corpachón de la china, y la agarró por los cabellos de la nuca, tirando para separarla de ella, y entonces, con la mano derecha, aplicó un fortísimo golpe en pleno rostro de Nai Han, que emitió otro bramido y retrocedió, expeliendo un chorro de sangre por la boca.

—Aparta —jadeó Wai Li—… ¡Aparta!

Todavía oyéndose el bramido de Nai Han, Brigitte empujó a

ésta, y vio a Wai Li apuntándola al pecho con su propia pistola de cachas de madreperla, evidentemente dispuesta e disparar.

La agente Baby fue demasiada rápida para ella: giró alzando la pierna derecha, y el pie golpeó a Wai Li sobre el flácido seno izquierdo, empujándola fuera del cuarto de baño con el rostro desencajado y perdiendo la pistola, que Brigitte se apresuró a recoger. Pero justo entonces cayó sobre su espalda la mole de Nai Han, que la aplastó boca abajo contra el suelo, de modo que la pistola quedó entre éste y el vientre de Brigitte, retorcida la mano que la empuñaba. Se inició un forcejeo sórdido y feroz: Brigitte quería girar bajo aquella mole, y por su parte Nai Han le agarró el cuello con ambas manos, iniciando la estrangulación en posición inversa, es decir, presionando con los pulgares en la nuca de Brigitte y con las yemas de los dedos en su garganta.

En la puerta del cuarto de baño apareció Wai Li, lívido y demudado el rostro, echando fuego de odio por los ojos.

—Mátala —jadeó—… ¡Mátala ya, mátala, mátala!

Brigitte alzó un poco la cabeza, y vio a Wai Li. Acto seguido, encontrando posibilidades en aquel gesto, lo efectuó bruscamente y con toda su fuerza, de modo que la parte superior de su cabeza golpeó a Nai Han en la barbilla. Nai soltó un feroz gruñido, y su control sobre la espía americana cedió. Brigitte giró entonces, con una fuerza y una habilidad que Nai no pudo controlar, y consiguió colocar el brazo entre ambas y apuntar a Nai Han al rostro con la pistola. En ese mismo momento, Nai Han bajaba el torso, semejaba caer sobre Brigitte pretendiendo de nuevo aplastarla, controlarla tan sólo con su peso…

La casualidad propició un espectáculo escalofriante: Nai Han cayó hacia delante, bramando con la boca abierta, y la pistola entró en ella en el momento en que Brigitte apretaba el gatillo.

Apenas se oyeron los tres disparos, plof, plof, plof, pero se pudo ver perfectamente cómo la parte superior de la cabeza de Nai Han reventaba en tres horrendos surtidores de sangre, masa encefálica, cabellos y esquirlas de hueso que salpicaron todo el reducido cuarto de baño, mientras los ojos de la china parecían hincharse como globos y quedar casi fuera de las órbitas.

—¡Nai! —Se oyó el alarido de Wai Li—. ¡Nai, Nai…!

Nai había caído como una masa de plomo fundido sobre Brigitte,

que se apresuró a empujarla hacia un lado, todavía con la pistola metida dentro de la boca de la mujerona china. Consiguió quitársela de encima, giró, se puso rápidamente de rodillas, y apuntó la sangrante pistola hacia la puerta del cuarto de baño. Wai Li ya no estaba allí…

Tambaleándose, Brigitte se puso en pie y salió del cuarto de baño. Wai Li tampoco estaba en el camarote. Brigitte vio abierta la puerta de éste, se acercó, y la cerró. Luego, todavía tambaleándose, regresó al cuarto de baño, se metió en la bañera, y se duchó a toda prisa, desprendiéndose de la sangre que salpicaba todo su cuerpo. Salió de la bañera pasando por encima del cadáver de Nai Han, recogió la pistola de la repisa donde la había dejado, y recuperando la toalla salió al camarote, donde procedió a secarse rápidamente. Sobre la cama vio su maletín abierto, y se acercó a examinarlo. Por fortuna, Wai Li sólo había requisado la pistola, sin dedicar mayor atención al resto del contenido del maletín, sin duda convencida de que más tarde tendría todo el tiempo que quisiera para examinarlo…

«—Tengo que salir de aquí inmediatamente —advirtió a Brigitte su ya veterano sentido de la alarma—… No puedo perder ni un segundo más».

Sólo perdió el tiempo indispensable para recoger la peluca rubia y las lentillas de contacto, meterlas dentro del maletín, y, envuelta en la toalla, salió de su camarote, cerrando la puerta. La fortuna estuvo de su parte: no encontró a nadie en el pasillo mientras lo recorría rápidamente buscando la puerta del camarote H. En cuanto la encontró, recurrió a su ganzúa para abrirlo, lo que le llevó apenas seis segundos. Entró, cerró tras ella, y soltó un profundo suspiro de alivio. Delante mismo se veía la portilla que daba al iluminado paseo de cubierta, desde el cual llegaba aquella luz como dormida.

Todo era quietud y silencio en el camarote H.

La espía americana no se movía, iba recuperando el ritmo respiratorio, se iba sosegando.

«—Cualquier día —pensó— una de esas bestias asesinas terminará conmigo. Cualquier día terminará mi suerte».

Todavía esperó unos segundos antes de acercarse a la portilla. ¿Cómo no se le había ocurrido antes?: en caso de necesidad, podía salir por ella, es decir que aunque se hubiera quedado en su

camarote, si alguien hubiera bloqueado la puerta ella habría podido salir por la portilla… ¿O no?

Segundos más tarde se convencía de que no. Sus hombros no pasaban por el diámetro de la portilla, de modo que había hecho muy bien abandonando su camarote. ¿Y ahora?

El viaje se había iniciado hacía apenas diez horas, y todo estaba al rojo vivo. ¿Qué iba a hacer el resto del viaje? ¿Buscar a Wai Li o esconderse de ella? ¿Con cuántos cómplices más contaba Wai Li? ¿Habría avisado ya a los demás miembros del Equipo Ming? ¿O se iba a dedicar a asesinarlos, como había ordenado a Hao Wong que hiciera con Tsiang, para ordenar luego a Nai Han que asesinara a Hao Wong…?

Brigitte encendió la luz del camarote de Jebediah Tracy, se sentó en la litera-sofá, y recurrió a la pequeña radio camuflada en el paquete de cigarrillos.

—¿Sí? —Oyó la voz de King Wu.

—¿Estás bien, King?

—Sí… Claro. ¿Por qué lo pregunta?

Brigitte explicó rápidamente lo sucedido, y terminó diciendo:

—Ten mucho cuidado. ¡Y sobre todo no salgas de ese camarote, que por ahora está a salvo!

—Pero… tenemos que hacer algo, ¿no? —Se impacientó King Wu.

—Déjame pensar. Tú espera ahí mis instrucciones, eso es todo.

Cortó la comunicación, guardó la radio, y miró alrededor. Un camarote prácticamente idéntico al suyo. Pensó que se había precipitado al salir de allá sin recoger nada de ropa. Aunque quizás era mejor así: podía utilizar ropa de Jeb Tracy, pues era lo suficientemente alta incluso para poder llevar bastante bien sus pantalones.

Se acercó al armario, lo abrió, y comenzó a examinar la ropa. Eligió unos pantalones oscuros, una camisa y un jersey también oscuros, y unas zapatillas deportivas. Indudablemente, Jeb Tracy estaba acostumbrado a viajar y a sacar el máximo partido posible en cuanto a diversión a sus viajes. Brigitte se puso las ropas elegidas, y, tal como había pensado, lo único que no le quedaba demasiado bien eran los pantalones, que recogió más arriba de la cintura. Por lo demás, era una indumentaria aceptable para salir del

apuro…

Sin saber cómo ni por qué, la señorita Montfort se encontró registrando el resto del armario, a pesar de que ya no necesitaba nada más.

Encontró la cartera de piel, cerrada con llavín.

La tomó, la miró, la sopesó.

Fue entonces cuando se preguntó:

«—¿Por qué hago esto?».

Ella misma se dio la respuesta: estaba haciendo aquello porque «algo» la había impulsado a hacerlo. ¿Y qué podía ser ese algo, en una espía tan veterana y experimentada como ella? Pues, simplemente, el instinto. Un instinto que la había movilizado independientemente de su voluntad. Simplemente, la había impulsado a registrar el armario. Y había encontrado la cartera de piel.

¿Qué había dentro de aquella cartera de piel cerrada?

La señorita Montfort lo supo apenas quince segundos más tarde, cuando forzó con una delgada lima para uñas el cierre de la cartera.

¿Qué había dentro de aquella cartera de piel cerrada? Pues había ni más ni menos que pasaportes de China continental. Seis pasaportes. La señorita Montfort se sentía como flotando. Seis pasaportes chinos. En la fotografía de uno de ellos identificó a Poi Tsiang; en la de otro pasaporte identificó a Hao Wong. Otras dos fotografías, es decir, otros tantos pasaportes, correspondían a los dos miembros del Equipo Ming instalados en el camarote 120 de la clase turista. Todavía quedaban dos pasaportes más, y la fotografía de uno de ellos correspondía al hombre que, junto con su esposa, se había instalado en el camarote 116 también de la clase turista…

La fotografía del sexto hombre no correspondía a nadie que Brigitte conociera, o, al menos, a nadie que recordara. Sin saber por qué, de repente, pensó en el hombre ciego con el que había tropezado… Pero no. No, las facciones del ciego y las del hombre de la foto del sexto pasaporte eran muy diferentes. Y, Dios bendito, ¿por qué ella había pensado precisamente en el ciego? ¿Por qué?

Lo apartó de su pensamiento, y dedicó éste a Jeb Tracy.

«—Muy bien, señor Tracy, ¿de modo que usted también está jugando el juego? Pues sigamos jugando…».

# Capítulo VI

Jeb Tracy acababa de entrar en el Colony Room, con expresión más bien preocupada, cuando uno de los camareros de la barra llamó su atención con gestos, y le mostró en alto el auricular del teléfono que había sobre el mostrador. Tracy se acercó presurosamente, dio las gracias, y atendió la llamada.

—¿Sí? —murmuró.

—…

—Ah, Lili —consiguió una sonrisa Jeb Tracy, más pensando en el curioso camarero que en su interlocutora—, precisamente vengo ahora de llamar a la puerta de su camarote, pues tardaba tanto…

—…

—¿Los pasaportes? —Palideció Tracy—. ¿Qué pasaportes?

—…

—Ya. Bueno, todo tiene una explicación… ¿Desde dónde me llama usted?

—…

—Sí, comprendo. Creo que será conveniente para los dos que nos encontremos en algún lugar… adecuado.

—¿…?

—Elíjalo usted misma.

—…

—Sí… Sí… Sí… Oiga, ¿no está complicando demasiado…?

—…

—Sí, está bien, está bien. Yo voy al Casino y espero su aparición. Ya. Entendido. A las doce. De acuerdo. Pero… ¿qué me dice de la copa que teníamos que tomar juntos? ¿Y de la cena?

Clic, sonó el clásico chasquido del auricular al ser colgado al otro lado de la línea. Jeb Tracy apartó el auricular de su oreja para mirarlo, frunció el ceño con un gesto simpático, y colocó el aparato en la horquilla. Incluso comenzaba a ser tarde para cenar, pero

Tracy pidió un *whisky*, y se dedicó a paladearlo lentamente mientras pensaba.

No tardó mucho en llegar a una conclusión que le puso los pelos de punta:

«—Maldita sea —se dijo—: ella es Baby. No puede ser otra. Pero… ¿qué demonios hace la agente Baby metida en una tan enorme porquería como esta? ¿Cómo demonios ha podido olerse este asunto…? Espera. El chino. El joven chino con el que estuvo en el camarote 41 y en el 44. ¿Y quién demonios es ese chinito? Bien, vayamos por partes: lo primero que tengo que hacer es ir a mi camarote a asegurarme de que es cierto que los pasaportes no están allí… Bah, tonterías: si ella dice que los tiene es que los tiene…».

—Camarero —oyó una voz a su derecha—: ¿puede decirme si está aquí el señor Tracy?

Jeb Tracy volvió vivamente la cabeza, y vio al hombre, que, pese a haberse dirigido verbalmente al camarero, no miraba hacia éste, sino hacia otro punto detrás del mostrador. Lo comprendió enseguida al ver los lentes oscuros del inesperado personaje: era ciego. Un ciego que había llegado hasta el mostrador sin duda guiado por sutiles olores, que sabía que detrás de todo mostrador hay uno o varios camareros… Uno de éstos, precisamente, miraba dubitativo a Jeb Tracy, que le hizo un gesto dando a entender que él se hacía cargo, y se acercó al ciego.

—¿Para qué busca usted al señor Tracy? —preguntó.

El ciego ni siquiera movió la cabeza. Sólo preguntó:

—¿Es usted?

—Tal vez —dijo Jeb.

—Escuche, si es usted el señor Tracy, dígalo, y si no lo es no moleste, ¿de acuerdo? —puntualizó desabridamente el ciego.

—Está bien, soy Tracy. ¿Y ahora?

—Ahora, busquemos un lugar donde podamos hablar sin que nadie nos oiga pues eso podría perjudicarlo a usted.

—Ya. ¿Y usted quién es?

—Digamos que soy un pobre ciego subido a una rama de un poderoso cerezo milenario. ¿Comprende?

—Creo que sí —susurró Tracy—. De acuerdo, venga conmino.

—¿Adónde?

—A mi camarote. Aprovecharé para hacer allí una pequeña

comprobación. ¿Tengo que agarrarle de un brazo?

—No se moleste —replicó duramente el ciego—. Camine delante de mí, eso será suficiente.

—¿No desea antes tomar un trago de algo?

—No sea estúpido, Tracy.

—Ya.

Jeb comenzó a caminar hacia la salida del Colony Room. Tras él oía el caminar del ciego, ciertamente no muy firme. Salieron del salón, y recorrieron el pasillo en silencio. Muy poca distancia, apenas doce metros. Tracy abrió la puerta, entró, y se volvió. El ciego estaba plantado frente a él, indeciso.

—Camine recto —gruñó Tracy—, y entrará en mi camarote.

Esperó a que el ciego entrase, cerró la puerta, y fue directo al armario, donde pronto comprobó que, en efecto, la cartera había desaparecido. Cualquiera habría podido decirle que había sido una imprudencia no entregar la cartera al capitán del barco para que la guardase en la caja fuerte, pero él sabía que no había sido posible hacer aquello, porque… quizá no fuese fácil luego abrir la caja fuerte si el capitán fallecía. Y entonces… ¿cómo podría recuperar los pasaportes si algo fallaba y no aparecía el helicóptero antes de que el barco llegase a Singapur?

Se volvió hacia el ciego, verdaderamente preocupado por el problema que le había creado la señorita Lili Connors…, y entonces se encontró frente a otro problema: el ciego le estaba apuntando con una pistola provista de silenciador. Jeb Tracy miró el arma, miró los oscuros cristales de las gafas, y acto seguido torció el gesto con una mueca de rabia.

—Maldita sea —dijo.

—Es usted todo un hijoputa norteamericano, ¿sabe? —Dijo el ciego—. Porque una cosa es hacer pequeñas porquerías para servicios secretos ajenos al de la propia patria, y otra cosa es venderse en cuerpo y alma a uno de esos servicios secretos. Usted está vendido al Lien Lo Pou talmente como si fuese un cerdo para el sacrificio. Y el Lien Lo Pou, claro está, le saca a usted el mejor partido utilizándolo para servicios especiales de Cerezo Milenario, y, por extensión, del Equipo Ming. ¿Correcto?

—¿Quién maldita mierda es usted? —masculló Tracy.

—Cheng Shinang, del Lien Lo Pou —dijo el ciego, quitándose las

gafas. Tracy se quedó mirando atónito los negros ojos del chino; ojos que, ciertamente, no tenían nada de invidentes. La mirada del llamado Cheng Shinang no podía ser más directa y despierta.

—¿Del Lien Lo Pou? —Exclamó Tracy—. ¿Y qué se supone que está usted haciendo ahora, entorpeciendo mis actividades? ¡Si usted es del Lien Lo Pou estamos los dos en el mismo bando!

—Ni mucho menos —dijo Cheng Shinang—, porque yo trabajo para el Lien Lo Pou de espionaje, no para la rama del Lien Lo Pou que está al servicio de Cerezo Milenario y por consiguiente del Equipo Ming. Quiero que esto quede bien claro, Tracy: usted, el Cerezo Milenario y el Equipo Ming son unos asesinos. Yo soy solamente un espía.

—¿De qué malditos demonios está hablando? —Se irritó Tracy—. ¡Usted es del Lien Lo Pou, y eso lo dice todo! ¡Guarde esa pistola!

—Por mucho que esté usted introducido en el Lien Lo Pou y en Cerezo Milenario, no va a darme órdenes a mí —replicó el falso ciego—. De modo que siéntese ahí y permanezca callado.

—¡No voy a sentarme en ningún sitio, estúpido! —Saltó Tracy—. ¿Sabe con quién tengo una cita a las once en el Casino? ¡Con la agente Baby de la CIA! Ella se ha apoderado de los pasaportes, y…

—Ah —pareció decepcionarse Cheng Shinang—… ¿Ella ya ha conseguido los pasaportes? Es decir, que se me ha adelantado… Verdaderamente, a una mujer como ésa no se la puede dejar suelta: su capacidad de acción es impresionante. Bien, esa parte ya está resuelta, entonces. Hablemos ahora del plan del Equipo Ming para Singapur: ¿en qué consiste?

—Si sus jefes no se lo han dicho, no se lo voy a decir yo.

—Mis jefes no me dicen esas cosas, porque mis jefes normales del espionaje no saben nada de esas cosas. Pero sucede que yo sí logré captar casualmente una pequeña información que fue el extremo del hilo por el cual estoy intentando llegar al ovillo. Dicho de otro modo: casualmente llegó a mis oídos una pequeña información que no comprendí, pero que me intrigó tanto que la seguí…, y así llegué a enterarme de la existencia del Cerezo Milenario, del Equipo Ming, y de toda una serie de detalles que me han permitido… movilizar pequeñas pero eficaces fuerzas en el intento de evitar esa acción grandiosamente criminal que el Equipo

Ming está preparando en Singapur. ¿Qué acción es ésa, qué va a hacer en Singapur el Equipo Ming? Mejor dicho: ¿qué va a hacer ANTES de llegar a Singapur, antes de escapar con los pasaportes falsos por si el vuelo del helicóptero no fuese perfecto y tuvieran que tomar tierra antes de llegar a cualquier punto de China?

—O sea —dijo fríamente Tracy—, que usted, que es chino, está enfrentándose a ciertos planes de China.

—De China, no: de Cerezo Milenario. Usted no va a enseñarme a mí a amar a China, cerdo criminal —Cheng Shinang, lívido de rabia, se acercó más a Jeb Tracy, apuntándole a la frente desde menos de un metro—. Usted sí que es un vendido y un criminal de la Humanidad, como Cerezo Milenario y su Equipo Ming. Yo soy un espía que daría su vida por China, pero no por los planes de Cerezo Milenario. Es por eso que he recurrido a la ayuda de una persona cuya conducta en la vida es igual a la mía, una persona que también es una espía, pero no una puerca mal nacida como lo es usted, que ni tiene patria, ni amigos, ni nada por lo que valga la pena vivir, a menos que considere que sí vale la pena vivir por el dinero que le pagan para que sea un vendido y un criminal. ¿Cree que no sé que le utilizan porque es norteamericano y eso facilita muchas veces los logros de ciertos trabajos, aunque sean contra Estados Unidos? ¡Le conozco muy bien a usted, perro!

—Usted —sonrió despectivamente Jeb Tracy— no es más que un pobre cretino que todo lo que sabe hacer en la vida es tomar por culo.

Plop, disparó Cheng Shinang.

La belleza de Jeb Tracy desapareció. Bruscamente. Totalmente.

La bala disparada por Cheng Shinang le reventó el ojo derecho, que se convirtió en un surtidor de sangre. Y todavía estaba salpicando sangre a todos lados y cayendo hacia atrás el norteamericano cuando Shinang disparó de nuevo, reventando ahora la boca del yanqui… Cuando éste cayó al suelo de espaldas su rostro era una horrenda máscara de sangre.

Cheng Shinang se acercó a él, le miró con odio feroz, y le escupió al ensangrentado rostro.

—Mierda para ti —dijo.

Y abandonó el camarote de lujo tras guardarse la pistola y colocarse de nuevo las gafas de oscuros cristales. Había perdido por

completo la pista de su amigo King Wu, pero sabía dónde iba a estar a las once la agente Baby, de modo que él también estaría allí.

* * *

A las once y tres minutos, la señorita Margaret Lipiang había comprobado que el señor Jebediah Tracy no estaba en el Casino. Tampoco estaba allí *Madame* Wai Li, ni ninguno de sus amigos del Equipo Ming. A decir verdad, en el Casino ni siquiera estaba la señorita Margaret Lipiang, ya que en esta ocasión, si bien había acudido con atuendo y aspecto de mujer china, distaba mucho de recordar a la alta y robusta Margaret Lipiang. En lugar de este aspecto, la inimitable Baby había recurrido a un disfraz de anciano chino que la convertía posiblemente en el personaje menos llamativo de todo el barco. Era tan perfecto su disfraz, con su barbita blanca, sus cejas postizas, su peluca y sus arrugas en la frente, que el joven King Wu todavía estaba viendo visiones en el camarote donde ella había procedido a la transformación y donde se habían despedido…

Quien sí estaba en el Casino era el ciego.

Durante unos pocos minutos lo estuvo observando, y por fin, se acercó a él y le preguntó; en inglés:

—¿Está esperando a alguien?

El ciego, que estaba de pie junto a un gran macetón que contenía una palmera enana, se volvió lentamente hacia el anciano, y murmuró:

—Sí: a una espía norteamericana. Tengo un recado para ella: Tracy no acudirá a la cita.

—¿Por qué no?

—Está muerto. ¿Conoce usted a un muchacho llamado King Wu?

—Quizás.

—Si lo ve, dígale que su amigo Cheng Shinang lo está buscando.

—¿Su amigo? ¿Realmente usted es amigo de ese muchacho, Shinang?

—¿Por qué supone usted que no?

—La actitud de usted hacia él me recuerda la que hace años tuvo cierta persona hacia mí, en Estados Unidos. Decía ser amigo mío, pero en realidad lo que quería era atraerme para la CIA. Con el

tiempo, esa persona y yo hemos creado entre nosotros incluso cariño, pero sus propósitos iniciales eran reclutar una bella e inteligente universitaria para la CIA. Y eso, estimado colega, no es precisamente una muestra de amistad.

—Tiene usted razón —murmuró el ciego—. Pero no le deseo ningún mal al muchacho. Simplemente, es lógico que el Lien Lo Pou, como la CIA, procure reclutar lo mejor… También lo hicieron conmigo.

—De manera que usted también es universitario… Bien, siempre es confortador conversar con personas de un nivel similar al nuestro. Algunos espías con los que he tratado eran demasiado… rudos. ¿Es usted quien ha matado a Tracy?

—Sí. Era un maldito cerdo yanqui vendido al Lien Lo Pou…, quiero decir a esa parte del Lien Lo Pou que sirve a Cerezo Milenario… Yo sabía que usted aceptaría ayudarme en esto, y se lo agradezco.

—A decir verdad, todavía no sé exactamente en qué le estoy ayudando, colega. Porque hasta ahora, la única lluvia de sangre que estoy viendo es la de unas cuantas personas que, a mi juicio, están mejor muertas que vivas. De modo que es una lluvia que me… satisface. En cuanto a los planes del Equipo Ming en este barco… ¿los sabe usted ya?

—Todavía no. Pero sé cómo podemos saberlo todo muy rápidamente; atacando directamente a alguno de los miembros del Equipo y obligándole a decírnoslo todo.

—Genial.

—¿Se le ocurre a usted algo mejor? —Gruñó Shinang.

—Encontrar a Wai Li. ¿La conoce usted?

—No.

—Eso podría complicar las cosas, aunque por si acaso se la encontrara en cualquier parte del barco se la voy a describir meticulosamente. Debe de andar por ahí buscando el modo de acercarse a mí y asesinarme, pues aparte de su cometido con el Equipo Ming le he provocado un odio personal que debe resultarle incluso traumático… Puede estar cierto de que ella no querrá abandonar este barco dejándome con vida.

—Bueno, algunas personas gustan de complicarse la vida —sonrió Cheng.

—Sí —sonrió a su vez el anciano—. Acompáñeme: iremos a un sitio donde podremos charlar tranquilamente contándonos mutuamente lo que sabemos del asunto, y, salvo que de esa conversación surja alguna idea más interesante pondremos en práctica la suya de atacar directamente a alguno de los miembros del Equipo Ming que tenemos localizados. Por cierto, no son seis, sino cinco.

—No —negó Cheng Shinang—: son seis. El sexto estará en alguna parte del barco más o menos escondido, pero son seis.

—De acuerdo. ¿Vamos?

—Permítame tomarme de su brazo: soy un pobre ciego.

El anciano sonrió, el ciego se tomó de su brazo, y abandonaron el Casino. Ni rastro de *Madame* Wai Li. Ni rastro de ninguno de los miembros del Equipo Ming.

Un par de minutos más tarde, el anciano llamaba a la puerta del camarote 145 de un modo especial. La puerta se abrió, pero sin que dentro del camarote se hubiera encendido luz alguna. Cheng Shinang miró al anciano con expresión irritada, y entonces vio la pequeña pistola con la que el anciano le apuntaba a la cabeza.

—Adentro —dijo el anciano—. Con las manos sobre la cabeza, colega.

Cheng Shinang obedeció. Apenas había entrado en el camarote, la luz se encendió, mientras el anciano, entrando a su vez, cerraba la puerta. King Wu, que era quien había abierto la puerta, miró al ciego, miró al anciano, y sonrió.

—Sí, es él —dijo—: es Cheng Shinang… Hola, Cheng.

—Hola —masculló éste.

—No te enfades —casi rió el muchacho—. Ella quería asegurarse de que tú eras quien decías ser, y por eso te ha traído aquí. ¿No es así, Baby?

—Por supuesto —asintió el anciano—. Bien, conversemos y luego decidiremos qué hacemos.

—¿Quiere decir esta misma noche? —exclamó King Wu.

—No podemos perder ni un segundo, porque Wai Li no lo está perdiendo. Por otra parte, debe de tener todo un pequeño ejército de servidores del barco buscándonos por todas partes, y terminarían por encontrarnos aquí, con lo que se organizaría uno de esos enfrentamientos que nunca me han gustado, es decir, un fastidioso

y vulgar tiroteo.

—Es usted muy refinada —sonrió Cheng, que se había quitado las gafas.

—Sí que lo es —asintió con entusiasmo King Wu—. ¿Qué ha querido decir con eso del ejército de servidores del barco?

—Desde hace tiempo este barco estaba destinado a transportar al Equipo Ming que tiene que realizar aquí determinado «trabajo». Por tanto, la rama del Lien Lo Pou afecta a Cerezo Milenario ha tenido que preparar muy bien el barco. Incluso, en lo referente a la recogida y ocultación de cadáveres si surgían esa clase de contratiempos antes del gran momento. Quiero decir que Wai Li tiene a sus órdenes varios empleados del barco que la deben de estar escondiendo, ayudando de varias maneras, y retirando los cadáveres comprometedores dentro de cestas de la ropa o por cualquier otro sistema. Todo muy pulcro y discreto… hasta que llegue el momento de la actuación del Equipo Ming. En este punto es en el que debemos concentrarnos, de modo que vamos a ponernos todos al corriente de la situación, y acto seguido veamos qué conviene hacer. ¿Señor Shinang?

—¿Le molestaría llamarme Cheng?

—No, en absoluto —sonrió el anciano—. Tiene usted la palabra, Cheng.

# Capítulo VII

Cuando el anciano terminó de hablar, el intercambio de información sólo podía definirse como muy provechoso para ambas partes, lo cual mereció un comentario por parte de King Wu:

—¿Qué diría el Directorio del Lien Lo Pou si se enterase de esto, Cheng? ¡Apuesto a que se caerían de espaldas debido a la sorpresa!

—El Directorio del Lien Lo Pou —dijo Shinang— hace ya tiempo que dejó de sorprenderse de cualquier asunto en el que interviniera la agente Baby. Pero, King, el Lien Lo Pou no tiene que enterarse de esto JAMÁS, porque nunca sabríamos a qué parte del Lien Lo Pou se lo habríamos dicho, si a la de los espías como yo, o a la parte que está al servicio de Cerezo Milenario. De modo que haremos aquí lo que se tenga que hacer, y acto seguido los tres lo olvidaremos todo, o, cuando menos, le rogaremos a Baby que JAMÁS mencione nuestros nombres.

—Todo entendido —dijo el anciano de la blanca barbita—. Propongo como primera visita la del camarote 116, en el que viaja uno de los miembros del Equipo Ming con su esposa o amante. En el 120 hay dos hombres, y siempre es mejor buscar la parte más débil del adversario.

—Pero ellos serían solamente dos, y nosotros somos tres —dijo King Wu.

—Nada de eso —rechazó Baby—. Tú permanecerás aquí.

—¡Claro que no! —Se enfadó King—. ¡Llevo todo el día escondido como una rata, y no pienso seguir así! ¡Yo no he salido de China para…!

—Está bien, está bien, no perdamos más tiempo en discusiones. Vamos a ver… El camarote 116 está al fondo de uno de esos cortos pasillos laterales, y el 120 está al principio del siguiente pasillo lateral… Ambos pasillos laterales están cerca de la puerta de acceso a la escalera interior del barco que comunica las diferentes

cubiertas… Tú te apostarás cerca de esa puerta, vigilando los dos pasillos laterales mientras nosotros, en primer lugar, visitamos el camarote 116. Si mientras estamos allí, o posteriormente, observases algo sospechoso en el 120, simplemente llámame por la radio. La haces sonar tres veces y desapareces de escena… escaleras abajo. ¿Comprendido?

—Claro —sonrió King.

La agente Baby y su colega Cheng Shinang cambiaron una mirada que expresaba no poca incertidumbre, pero eso fue todo. Segundos más tarde, los tres abandonaban el camarote 145, pasaron al pasillo amplio del otro lado del barco, y alcanzaron inmediatamente el lateral en cuyo fondo estaba el camarote 116. King Wu se quedó cerca de la puerta mencionada, y Baby y Cheng Shinang caminaron hacia la puerta 116, a la que llamó el chino.

Casi enseguida al otro lado de la madera se oyó una voz tensa, hablando en chino. Cheng contestó en el mismo idioma. La puerta se abrió inmediatamente… y el hombre que la había abierto se encontró con las bocas de dos pistolas apuntándole al rostro.

—Retroceda —susurró Baby, en inglés.

El hombre miró a Cheng Shinang, apretó los labios, y retrocedió. Cheng cerró la puerta tras él al entrar en último lugar, sin dejar de apuntar al miembro del Equipo Ming. Por su parte, Baby contemplaba a la mujer que se hallaba sentada en el sofá-litera doble, todavía sin desplegar.

—¿Dónde está Wai Li? —inquirió Baby.

El miembro del Equipo Ming y la mujer miraron a Cheng, que dijo algo en chino rápidamente, con tono conminatorio, casi amenazador. Le contestó el hombre, y en un instante hubo un rápido intercambio de palabras en chino. Cheng estaba enfadado de verdad cuando miró al anciano.

—Dice que no saben nada de nada, pero está mintiendo. Tendremos que emplear métodos desagradables con ellos.

—De acuerdo. Pero no hablen más en chino, hablemos sólo en inglés, así no tendremos que estar haciendo traducciones. —Baby miró al hombre del Equipo Ming—. Sabemos que *Madame* Wai Li ha asesinado ya a Poi Tsiang y a Hao Wong, por la sencilla razón de que comprendió que yo los había descubierto como miembros del Equipo Ming. Ella sabe que también los tengo identificados a

ustedes, y a los pasajeros del camarote 120… ¿Cuánto creen que *Madame* Wai Li tardará en venir a eliminarlos? Ella no puede consentir que nadie capture a unos miembros del Equipo Ming, y menos en una situación como la presente, en que sus informes pueden hacer fracasar todo el plan que se ha fraguado para ejecutarlo en este barco. ¿Me han comprendido? Ya veo que sí. De modo que repetiré mi pregunta: ¿dónde está Wai Li y qué está tramando?

En aquel mismo instante se oyó un leve zumbido en alguna parte del cuerpo del anciano, y enseguida, dos más. Cheng respingó, y miró al anciano.

—¡Voy a ver qué…!

Se dio cuenta inmediatamente de su error tan sólo captando de reojo el veloz movimiento que efectuó el miembro del Equipo Ming, al que apuntó rápidamente con la pistola y le disparó al pecho, derribándolo de espaldas en el suelo. Mientras tanto, la mujer se había puesto en pie de un salto que le aproximó al aparentemente frágil anciano, al que pareció dispuesta a atacar para arrebatarle la pequeña pistola.

El anciano, simplemente, alzó la pierna derecha, y el pie impactó fuertemente entre las ingles de la mujer, que emitió un extraño berrido, puso los ojos en blanco, y se desplomó sin sentido.

Acto seguido el anciano corrió hacia la puerta, la abrió, y salió disparado, seguido por Cheng Shinang. No vieron a nadie en parte alguna, pero apenas tuvieron tiempo de mostrar su indecisión cuando, por la puerta de la escalera interior del barco, apareció King Wu…, lleno el pecho de sangre y tambaleándose. En su pálido rostro destacaban los ojos, muy abiertos.

—¡King! —exclamó Cheng, echando a correr hacia él.

No llegó a tiempo de impedir que el muchacho se desplomase en el pasillo. Apenas Cheng se había arrodillado a su lado, llegó Baby, que hizo lo mismo, valoró las heridas de un vistazo, y, tras morderse los labios, susurró:

—Cójalo en brazos y llévelo al camarote 145, Cheng.

—Pero si lo movemos… ¡Deberíamos avisar al médico del barco!

—No podemos confiar en él. Ni en nadie. ¡Hay que esconderlo!

—Yo —jadeó King—… Yo-yo he… he visto… Eran dos… salieron… del camarote 120, y… y pulsé radio, y quise…

detenerlos, y… y…

—¡Maldito idiota! —Se enfureció Cheng—. ¡Te dijimos…!

—Llévelo al 145 —repitió Baby—. ¡Maldita sea, ahora!

Shinang alzó en brazos a King Wu, y echó a andar. Baby corría hacia el camarote 120, cuya puerta estaba cerrada. Colocó en la cerradura la boca de su pistola, disparó dos veces, y la puerta quedó abierta. La empujó, encendió la luz del camarote, y ni siquiera tuvo necesidad de entrar: tendidos en el suelo, como dos simples objetos sin valor para ser recogidos por el basurero, estaban los dos miembros del Equipo Ming. La espía americana sintió un profundo y lento escalofrío. No era precisamente una orden religiosa el Equipo Ming…, que se deshacía de sus miembros sin el menor reparo a la menor señal de peligro.

Evidentemente, ninguna persona del pasaje normal había oído nada, pues o bien debían de hallarse durmiendo, o pasando el rato en el bar, o el Casino, o la sala de fiestas… Baby se acercó rápidamente a uno de los hombres, pues le pareció que se movía, y eso podía ser conveniente, pues una persona que ha estado a punto de ser traidoramente asesinada por su propia secta no sería extraño que se revolviera contra ella.

Pero no.

El hombre estaba muerto.

Y el del camarote 116 también, pues Cheng no debía de ser de los que se andan con miramientos a la hora de defender la propia vida, naturalmente.

La mujer.

Quedaba la mujer.

Y de pronto, Baby recordó la sensación que ella había experimentado al golpear a la mujer china entre las ingles, el gesto del rostro de ella, su bramido sordo y fuerte… No era, ni mucho menos, la primera vez que abatía a un hombre de un puntapié en los testículos, de modo que sabía muy bien cómo reaccionaban al recibir semejante golpe, cómo su rostro se crispaba fuertemente, cómo el aire salía como fuego furioso por su boca…

—¡Es un hombre! —Exclamó, poniéndose en pie de un salto—. ¡Es el sexto hombre del Equipo…!

Salió a toda prisa del camarote, ajustando la puerta, y corrió hacia el camarote 116, cuya puerta permanecía abierta. Cuando

entró, la mujer estaba colocada a cuatro manos en el suelo, sacudiendo la cabeza. La alzó vivamente, aunque todavía turbia la mirada, cuando oyó la voz de Baby:

—Venga conmigo, pronto. Los auxiliares de Wai Li están exterminando al Equipo Ming.

Entró en el camarote, se acercó a la mujer, y la ayudó a ponerse en pie, sosteniéndola con la mano izquierda, mientras con la derecha la amenazaba con la pistola. Iba a decir algo cuando el anciano hizo el clásico gesto de tender el oído, y, de pronto, tiró del brazo de la mujer hacia el cuarto de baño. Apenas habían entrado, oyeron un rumor en el camarote. Enseguida, una exclamación. Luego, los inconfundibles chasquidos de tres disparos efectuados con silenciador. A continuación sonó, nítida, una voz de hombre, y Baby percibió la tensión súbita en el brazo y en todo el cuerpo de la mujer.

La puerta del cuarto de baño se abrió, y apareció un empleando del barco, ataviado con los pantalones negros y la chaquetilla blanca. En la diestra sostenía la pistola, pero vio de pronto la escena, su mirada alarmada se fijó en el anciano…

Plof, disparó éste una sola vez, metiendo la bala en la frente del auxiliar de *Madame* Wai Li. El hombre cayó lentamente hacia atrás, es decir, hacia el camarote. Baby soltó su presa, y saltó de modo que apareció en la puerta del cuarto de baño cuando, en el camarote, el otro empleado del barco estaba mirando desconcertado a su compañero…

Plof, disparó la espía americana.

Un agujerito apareció en la frente del hombre, igualmente de raza china. Pareció que fuese a quedarse en pie, pero enseguida inició una lenta caída de bruces, que Baby desvió con la pistola, de modo que el cadáver cayó blandamente sobre el sofá. Baby se volvió rápidamente, y vio en la puerta del cuarto de baño a la mujer, mirando como alucinada al hombre que había compartido con ella el camarote, y que ahora, además del balazo que le había clavado Cheng Shinang, tenía otros tres, todos juntos sobre el corazón.

—¿Me cree ahora? —Murmuró Baby—. Y cada segundo que pasamos aquí nos acerca más a la muerte, pues ahora vendrán los que tienen que recoger los cadáveres. ¿Quiere ver a sus compañeros

del camarote 120?

La mujer asintió. Salieron del camarote 116, y en cuestión de segundos se hallaban ante la puerta del 120, que el anciano empujó. La mujer estuvo unos segundos contemplando a los dos hombres muertos, y luego miró al anciano, que cerró la puerta y tiró de un brazo de ella.

Diez segundos más tarde, entraban en el camarote 145, cuya puerta cerró tras ellos Cheng Shinang. Inmediatamente, Baby le quitó la peluca a la falsa mujer china, y sonrió secamente al ver el gesto de sobresalto de Shinang.

—Es el sexto miembro. Tenga mucho cuidado con él.

Se acercó al sofá, donde yacía sin sentido King Wu, empapado en sudor y el rostro desencajado. Su respiración era lenta y débil. La espía americana movió la cabeza con un gesto de desaliento.

—Si muere, lo habrá hecho por una causa hermosa y por su patria…, pero sería un desperdicio, de modo que voy a buscar un médico. Un médico norteamericano. Alguno habrá en el Casino, seguro.

—¿Quiere que vaya yo?

—No. Usted cuide de King como pueda, y vea de convencer a este hombre de que para el Equipo Ming y sobre todo para Cerezo Milenario él no es nada. Dígale bien claramente que si no nos ayuda a desbaratar lo que sea que Wai Li todavía esté tratando de hacer lo entregaremos vivo al Lien Lo Pou.

El hombre del Equipo Ming palideció horrorosamente al oír esto, y comenzó a hablar en chino con Cheng Shinang, muy excitado, mientras el anciano procedía velozmente a una transformación que por unos segundos dejó mudo al miembro del Equipo Ming y fascinado a Cheng, quien, reaccionando, instó al otro a continuar, lo que hizo sin dejar de contemplar a la hermosa mujer rubia de ojos verdes en que se había convertido el anciano de barbas blancas.

—Siga con él —dijo Lili Connors—. Yo voy…

—Espere. Prácticamente lo ha dicho ya todo: el plan del Equipo Ming consistía en convencer a todos los pasajeros del barco de que lo sucedido era una venganza de los universitarios de China por lo sucedido en la plaza de Tiananmen. Los del Equipo Ming debían mentalizar en este sentido a todos los que sobrevivieran a la acción llevada a cabo en este barco.

—¿Qué acción?

—Envenenar toda la comida que se ingiera en el barco. Entre los casi setecientos pasajeros que viajamos en él viaja de incógnito un alto personaje de Pekín que desde Singapur viajará a Estados Unidos. La idea del Equipo Ming consiste en envenenar a toda la gente del barco con la comida, y luego decir que ha sido cosa de estudiantes de China, que querían cargarse a ese personaje que viaja de incógnito, y que para asegurarse de ello, y dar una respuesta de fuerza y rabia a Pekín por lo sucedido allí, no vacilaban en asesinar todo el pasaje y la tripulación de un barco.

—Es decir, que se trata de una maniobra para desacreditar a los estudiantes de China, para presentarlos al mundo como asesinos rencorosos, irresponsables y brutales…, lo que amortiguaría no poco las críticas que está recibiendo China por lo sucedido en la plaza de Tiananmen.

—Exactamente. Eso es lo que dirían los escasos supervivientes al veneno vertido en toda clase de alimentos y bebidas del barco, pues los del Equipo Ming los convencerían de ello antes de abandonar el barco en dos helicópteros como si ellos hubieran tomado parte en el asunto apoyando la acción de los estudiantes. Si por mal tiempo, niebla, o cualquier otra causa, los helicópteros no podían recogerlos, llegarían a Singapur, donde desembarcarían con sus pasaportes falsos para regresar inmediatamente a China por un medio ya preparado en Singapur. Todo previsto… para provocar una lluvia de sangre primero en el Mar de la China Meridional, y luego, en toda China, pues después de una cosa así lo que sucedería allí sería sencillamente espantoso. Eso, sin contar con que en este barco viajan ciudadanos de muchos países que comenzarían a pedir cuentas a China de lo sucedido… ¡Maldita sea, esto es… es… nauseabundo!

—Voy a buscar un médico —susurró Lili Connors—. Convenceré a cualquier norteamericano. Le oirá llamar tres veces seguidas y luego tres veces espaciadas… Déjelo entrar entonces. Yo volveré por aquí en cuanto pueda.

—¿En cuánto pueda? ¿Qué quiere decir, adónde va…?

—Tengo que matar a Wai Li.

—Pero… no sabemos dónde está. Y ahora se esconderá más que nunca.

—No —sonrió gélidamente la espía más implacable del mundo —... No se esconderá, porque el cebo será demasiado suculento. Hasta luego, Cheng. Y en cualquier caso, ha sido un placer conocerle, de verdad.

El hombre del Líen Lo Pou aceptó la mano que le tendía la espía americana, reteniéndola mientras susurraba:

—Escuche, yo puedo salir en busca de Mai Li...

—Usted no la haría salir de su escondrijo.

—Maldita sea, no tiene por qué correr ese riesgo. Podemos esperar a mañana por la mañana, dar una batida por todo el barco...

—No. Entiéndalo, Cheng: una víbora como esa no puede andar suelta entre seres humanos. Hay que exterminarla, y cuanto antes mejor.

Cheng Shinang tuvo que aceptar la irrefutable argumentación de Baby, la cual se encaminó hacia la puerta tras una última mirada a King Wu. En aquel momento, el último miembro del Equipo Ming dijo algo, y Cheng soltó una maldición que Lili Connors no entendió, pero sí captó.

—¿Qué le ha dicho? —preguntó.

—Que qué vamos a hacer con él —gruñó Cheng Shinang.

La agente Baby alzó las cejas, como sorprendida e incluso maravillada ante una pregunta por completo innecesaria. Abrió el bolsito, sacó la pistola de cachas de madreperla, apuntó a la cabeza del sobresaltado sujeto, y disparó. El hombre cayó muerto, como arrugándose, a los pies de Cheng Shinang, que dijo:

—Realmente, a veces, se hacen preguntas de lo más tonto.

# Este es el final

—¿El Equipo Ming? —exclamó al capitán del Hong Kong Sky—. ¿De qué me está usted hablando?

La bella señorita Connors, que poco antes había convencido al capitán del barco para que fuesen a charlar a su despacho oficial, suspiró, finalmente convencida de que aquel hombre no tenía nada que ver con Cerezo Milenario y, consecuentemente, con el Equipo Ming.

—Le estoy hablando —dijo lentamente— de un plan para asesinar prácticamente a todas las personas que viajan en este barco.

El capitán Ying palideció. Luego se quedó mirando entre aterrado e incrédulo a la bella norteamericana que le había abordado en el salón, la cual procedió a explicar rápidamente y con toda precisión lo que podía ocurrir si las personas que viajaban en el Hong Kong Sky ingerían alimentos o bebidas a partir del día siguiente, pero posiblemente a partir ya de aquella misma noche, considerando la rabia y la precipitación a que tenía que recurrir Wai Li. Lo que no hizo Lili fue mencionar en ningún memento los nombres de Cheng Shinang, King Wu, o el Lien Lo Pou o la CIA.

Cuando terminó su relato, el capitán estaba el borde del desmayo.

—Pero… pe-pero eso que… que usted me ha contado es… es horrible…

—Por eso le he hecho venir a su despacho, para que desde aquí imparta órdenes y avisos en todo el barco para que, a partir de este momento, nadie ingiera alimento ni bebida alguna. Bueno —sonrió —, la travesía no va a ser tan divertida, pues todos tendremos que pasar hambre hasta llegar a Singapur, pero yo prefiero pasar hambre a morir. ¿Y usted?

Ying Punang se pasó un pañuelo por su calva frente. Parecía no

saber qué hacer.

—Lo de avisar a Singapur que estén esperando el barco, para detener a los tripulantes que forman parte de este complot puede esperar —dijo amablemente la señorita Connors—, pero creo que lo de pasar ese aviso debería usted hacerlo ahora, aunque sea llamando por teléfono a todos los camarotes del barco. Capitán, hágalo ahora.

Punang asintió, descolgó el teléfono, y comenzó a dar órdenes. En cuestión de segundos, el Hong Kong Sky pareció, simplemente, un flotante volcán que había entrado en erupción. Veinte minutos más tarde, el primer oficial entraba en el camarote, e informaba que la tensión iba desapareciendo, que todo el mundo a bordo estaba enterado, y que la inicial reacción de desconcierto y pánico había cedido. El problema, prácticamente, estaba resuelto.

—En tal caso —se incorporó de su asiento la señorita Connors—, ustedes me perdonarán, pero tengo que ir a ver cómo está un amigo. ¿Me permiten desearles un feliz descanso?

El capitán, el primer oficial, y otros subalternos que estaban en el despacho de mando miraban con expresión desorbitada a Lili, que terminó por soltar una encantadora carcajada antes de abandonar el despacho.

Apareció en el pasillo, al parecer sin fijarse para nada en el menudo empleado del barco, ataviado con los clásicos pantalones negros y la blanca chaquetilla. El empleado estaba casi de espaldas, al parecer buscando algo que le había caído al suelo.

Lili Connors le volvió la espalda completamente, dio dos pasos, abrió su bolsito, sacó la pistola de cachas de madreperla, y se volvió, alzando la pistola y extendiendo el brazo, mientras una escalofriante sonrisa aparecía en sus bellas facciones.

Apenas a cuatro metros de ella, el empleado emitió como un aullido de furia, terminó de girar hacia Lili, y de debajo de la chaquetilla sacó la pistola provista de silenciador, con gestos frenéticos. Sus pequeños ojos relucían con una furia terrible, y sus pequeñas manos de muñeca de porcelana parecían incapaces de sostener aquella arma. Pero sí eran capaces.

Sólo que, tranquilamente, sin inmutarse, la señorita Connors se adelantó. Plof, disparó contra la frente de *Madame* Wai Li.

Y acto seguido, mientras guardaba la pistola y veía cómo las

gotas de sangre salpicadas de la frente de la anciana y perversa china caían como leve y brevísima lluvia, dijo:

—Sabía que vendrías, querida: siempre he sido un bocado demasiado apetitoso para gentes como tú.

**FIN**